51
Legajo 1
Letra R
9453

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

¡REDENCION!

8 rs.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.*

D. José Cuesta, *calle Mayor.*
Bailly-Bailliere, *Príncipe.*

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Anton, 26.
1857.

16

CATÁLOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandidos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de huésps.
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de la reina de Nav.
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragones.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la Fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La Caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

¡REDENCION!

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. JOSÉ MARIA DIAZ.

Representado por primera vez con estraordinario aplauso en el Teatro de Lope de Vega de esta córte, en 10 de enero de 1854.

SEGUNDA EDICION.

N.º 232.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE S. ANTON, NUM. 26.
1857.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/redencindramaenc14210dazj

AL EXCMO. SEÑOR

D. LUIS JOSÉ SARTORIUS,

CONDE DE SAN LUIS.

Hemos sido muy amigos en los primeros años de nuestra juventud; lo somos ahora y lo seremos siempre, á pesar de la diferencia de nuestras opiniones políticas.

Como prueba de esta amistad nunca desmentida, y como testimonio de agradecimiento y consideracion al Ministro que en tiempos azarosos procuró dar impulso á la decaida literatura dramática, coloco tu nombre al frente de esta obra, tan favorablemente juzgada por la prensa, con tanto calor aplaudida por el público.

José Maria Diaz.

Esta obra es propiedad de DON PABLO AVECILLA, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

PERSONAS.	ACTORES.
HORTENSIA	Doña Josefa Palma.
CONDESA DE ARNADELO.	Doña Francisca Tutor.
INÉS	Doña Cármen Carrasco.
BEATRIZ.	Doña Concepc. Sampelayo.
ARTURO GARCÉS DE MOYA . . . . . , . . .	Don Julian Romea.
LAURENCIO DE PIMENTEL	Don Florencio Romea.
LORD SEYMOUR.	Don Lázaro Perez.
EL GENERAL GARCÉS. . .	Don Antonio Pizarroso.
EL MARQUÉS DE LA FLORIDA.	Don Calisto Boldun.
BERNARDO	Don Patricio Sobrado.

Señoras.—Caballeros.—Lacayos.

La escena pasa en Madrid.—185...

ACTO PRIMERO.

Gabinete amueblado con elegancia: salones de baile en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

LORD SEYMOUR.—EL MARQUÉS DE LA FLORIDA.—LAURENCIO DE PIMENTEL.—*El primero á la izquierda, sentado junto á un velador leyendo el* Times. *El segundo de pié, al otro estremo del velador, con la cotizacion de la Bolsa en la mano.* LAURENCIO *á la derecha, leyendo el* Diario de Avisos.

SEYM. Y esto es lo que mas conviene:
es fuerza, aunque pése al Czar,
del territorio otomano
mantener la integridad.

MARQ. Los fondos están en baja.

LAUREN. Pobre gente!

MARQ. Es natural...
mañana gran concurrencia
á la Bolsa.

LAUREN. *(Leyendo.)*
A caza van
de garitos. «En la calle,
ayer de la Libertad...»
Y al pié, la lista de todos
los jugadores... «Don Juan
de Sosa, Don Luis...»

SEYM. *(Levantándose y dejando el Times.)*
Laurencio!...

609634

LAUREN. *(Deja el Diario de Avisos.)*
Milord!
SEYM. ¿Usted por acá?
¿Y el salon?
LAUREN. Hay mucha gente...
MARQ. *(Soltando la cotizacion de la Bolsa y acercándose á los otros, que ocuparán en este momento el centro de la escena.)*
Han bajado y bajarán.
LAUREN. Los fondos? Pues la hipoteca
(Señalando á la cruz del Marqués.)
que lleva usted en el frac...
MARQ. La cruz de Cárlos Tercero...
Cuatro brillantes...
(Música de wals dentro.)
SEYM. *(A Laurencio.)*
¿Y el wals
con Hortensia?
LAUREN. ¡Qué memoria!
Y es de Straus!... Voy allá.
(Váse.)
SEYM. Soberbia cruz!
MARQ. De brillantes!...
La riqueza es un fanal
de ardiente luz, que derrite,
si en ello cifra su afan,
la virtud de las mujeres,
del hombre la probidad.
SEYM. Exageracion!...
(Dirigiéndose los dos al salon.)
MARQ. Costumbres
del siglo que andando va.
(Al salir se encuentran con Inés y la Condesa; saludan y se retiran.)

ESCENA II.

INÉS.—LA CONDESA DE ARNADELO.

INES. Condesa, ¿ha sido el calor?
CONDESA. El calor me ha desterrado
de los salones.

INÉS. Cuidado!...
CONDESA. No es un misterio de amor.
INES. Si lo es, á mí de derecho
me toca... Discreta soy...
CONDESA. Lo sé.
INES. No se encierra hoy
algun pesar en tu pecho?
CONDESA. Ninguno.
INES. Mi enhorabuena
recibe.
CONDESA. Con alma y vida...
INES. ¿Has visto al de la Florida?
¡Qué de brillantes, Elena!
CONDESA. Vale su frac un tesoro!
De la cabeza á los piés
no tiene igual el Marqués!
INES. Es todo un hombre de oro
macizo!..
CONDESA. La sociedad
para él es un mercado
en que se compra; ha comprado
lo que en su ruin vanidad
buscaba, y nadie se cuida
de que Toribio Meneses
es hoy, entre los marqueses,
el Marqués de la Florida.
INES. El nombre de molde encaja...
Don Toribio...
CONDESA. Este es su nombre.
INES. ¿Y cómo ha subido ese hombre?..
CONDESA. Comprando y vendiendo paja.
INES. ¿Comprando y vendiendo?
CONDESA. Sí.
INES. Me da vergüenza ese modo
de medrar.
CONDESA. Inés, aquí
se compra y se vende todo.
INES. ¿Hasta el amor?
CONDESA. Inés mia;
juzga tú por lo que ves...
INES. El amor...
CONDESA. El amor es
tambien una mercancía.

INES. Y la amistad?
CONDESA. (*Riéndose.*)
La amistad!
INES. Te ries?
CONDESA. Sí; del empeño
que muestras...
INES. Será otro sueño?
CONDESA. Pregunta á la sociedad...
Amor y amistad!! descuidos
del alma en su edad temprana,
que harán pedazos mañana
los desengaños sufridos.
INES. Elena, tu corazon
es un abismo con cara...
CONDESA. En cambio tengo muy clara
la antorcha de la razon.
INES. Y vivir puedes así?
CONDESA. En ello mi dicha fundo.
INES. No amas á nadie en el mundo?
CONDESA. Pues no, si me quiero á mí!
INES. Y sin amor, no te asombre,
Elena, franqueza tanta,
juraste en el ara santa
fé eterna y cariño á un hombre?
CONDESA. Qué tiene de estraño, Inés?
Y cumplí mi juramento.
INES. Notable comportamiento!...
CONDESA. Que de este siglo no es?...
Mútuas consideraciones
fundieron en una pieza,
el árbol de su nobleza
y el oro de mis doblones.
Buen Conde: de mi caudal,
en vida se aprovechó,
pero al morir me dejó
su gran título feudal.
Jóven, bulliciosa y viuda...
INES. Tambien Hortensia lo es!
Tú, como Hortensia...
CONDESA. Ay, Inés!
Como ella?... Lo pongo en duda.
INES. Por qué?
CONDESA. Ni soy tan hermosa

que la dispute su trono,
(Con malignidad.)
ni tengo, Inés, en mi abono
esa nube misteriosa
en que se envuelve su ser...

INES. ¿Misterio en Hortensia?

CONDESA. Y mucho.

INES. Será verdad lo que escucho!...

CONDESA. Yo al cabo lo he de saber...

INES. Vamos!... Te enoja el favor
que se rinde á sus desdenes,
y te irrita de sus trenes
el lujo deslumbrador.

CONDESA. El tiempo dirá.

INES. Ya es obra,
si hay que esperar...

CONDESA. Inés mia,
á un dia sigue otro dia;
yo sé que razon me sobra.

ESCENA III.

LA CONDESA DE ARNADELO.—INÉS.—LAURENCIO DE PIMENTEL.—ARTURO GARCÉS DE MOYA.

LAUREN. Mi buen Arturo! Es preciso
cambiar de vida y de ser...
Por qué no te hemos de ver,
Arturo, en el paraiso?
Te prueba tan mal España,
que huyes?...

CONDESA. Y á quién debemos
tal honra?...

INES. Saber podemos?...
De esa esquivez tan estraña
la sociedad se lamenta...

ARTURO. Lisonja no merecida...
La sociedad de mi vida
no sueña en pedirme cuenta.
Qué le importa mi destino,
si yo no quiero ser suyo,
si me avergüenzo, si huyo,

de su oscuro torbellino?

CONDESA. *(Picada.)*
Injusta misantropía!
Leccion con gran tino dada!

ARTURO. Podrá ser equivocada
mi opinion, pero es la mia.

CONDESA. De usted solo: y solo usté
quizás tache de enojosa
esta soirée...

LAUREN. Mas famosa
no la he visto, ni veré.
Del salon la claridad
es tal, que envidia no tiene
al sol, cuando se nos viene
con toda su magestad.
Qué profusion de labores
en los ricos cortinajes!
Por cintas, bandas de encages
aprisionando las flores.
Por do quiera de las luces
al fulgor, brillan mezclados
de las damas los tocados,
de los magnates las cruces.
Aquí agrupada en tropel
la flor de la juventud
adora la esclavitud
en los ojos de Raquel,
ese ángel de gracia suma
nacido en la Gran Bretaña,
que trajo á costas de España
del mar la rizada espuma.
Allí con su blanca toca
de ricos encajes hecha,
galanes, Laura desecha
con la sonrisa en la boca;
y mas lejos, porque en ellos
se escondan bien sus hechizos,
enreda Julia los rizos
de sus dorados cabellos.
Aquí un señor cuya renta
por los tributos zozobra,
los males de España cuenta
á un diputado que cobra.

Allá un banquero sin caja
disfraza al mundo su historia,
acá un general con gloria
al lado de otro con faja:
y en medio de la alegría
que arroja al viento la orquesta,
nueva salva de una fiesta
que ha de durar hasta el dia,
engalanados y chuscos,
vampiros de nuevas pintas,
se vé en el fondo con cintas
de varios reinos rebuscos,
de los ex-mi... casi toda
la caterva que tú sabes,
con sus continentes graves
y sus uñas á la moda.
Qué espectáculo! El cogollo
de Madrid. ¡Ay! La funcion
es tal, que en todo el salon
no hay una vieja ni un pollo.

INES. Oh, qué gracioso relato!

LAUREN. Pícome yo de muy fiel.

CONDESA. No mucho... olvidó el pincel...

LAUREN. Dígalo usted.

CONDESA. Un retrato.

LAUREN. De quién?

CONDESA. Memoria, Laurencio!...

LAUREN. Si por mas que reflexiono...

CONDESA. Tan poca luz dá su trono?...
Y Hortensia?

LAUREN. Es verdad. Silencio.
Qué mujer mas seductora!
No tienes, Arturo, idea!...
Quién la vió, verla desea,
la admira quien no la adora.
Por donde quiera que pasa
es reina en su propia fiesta,
aunque procura modesta
ceder el trono en su casa.
No sé qué en sus ojos brilla,
pero sé que es un encanto
el misterioso quebranto
de su pálida mejilla.

Ora elegante y resuelta,
del Prado la estrecha calle
recorra, ocultando el talle
en ricas pieles envuelta:
ya sacuda la mantilla,
y dé sus blondas al aire
con mas arrojo y donaire
que las hijas de Sevilla;
Hortensia es ser que no pinta
la inspiracion del poeta,
imágen que en la paleta
del pintor no encuentra tinta.
Pobrecita! Compasion
me dá!

ARTURO. Tan mala es su suerte?

LAUREN. Como que lleva la muerte
metida en el corazon.

ARTURO. (*Con calor.*)
Imposible.

LAUREN. No des gritos...
Cómo no, si lo asegura
un gran médico que cura
con agua y con papelitos?

CONDESA. La conoce usted?

ARTURO. Yo?... sí.

CONDESA. Ese interés que se toma...

ARTURO. La he visto una vez en Roma,
y en Francia otra vez la ví.

CONDESA. Quién es?

ARTURO. La viuda de un Conde.

CONDESA. Su mucha renta se vé
por lo que gasta.

ARTURO. No sé.

CONDESA. Y su cuna? Corresponde
á la esquisita nobleza
de sus modales?

ARTURO. Lo ignoro.
Solo sé que es un tesoro
de elegancia y de belleza.

CONDESA. Vamos, Arturo!... Quién es
la encantadora estranjera?

ARTURO. Esta es la ocasion primera
que su invitacion cortés

me dió, Condesa, permiso
de verla.

CONDESA. Quiere decir...

ARTURO. *(Con sequedad.)*
Que mi respeto admitir
en reino estraño no quiso.

CONDESA. Risa dá tono tan sério!...

ARTURO. Condesa!...

LAUREN. Genio y figura...
Hortensia...

CONDESA. *(A Arturo con intencion.)*
Hortensia...

ARTURO. *(A la Condesa.)* Es locura
suponer...

CONDESA. Sí, aquí hay misterio!...

ESCENA IV.

HORTENSIA.—LA CONDESA.—INÉS.—EL MARQUÉS.—LORD SEYMOUR.—ARTURO.—LAURENCIO.

HORTEN. Milord, las dos fugitivas...
miradlas.

SEYM. *(Fijando una mirada de disgusto en Arturo.)*
Sí.

MARQ. Tan hermosas!

LAUREN. Como siempre!
(Se coloca al lado de Hortensia y la habla al oido.)

CONDESA. *(En voz baja á Inés.)*
Don Toribio...

MARQ. Tan elegantes!

CONDESA. Lisonja!

MARQ. Justicia, justicia seca...

CONDESA. *(A Inés en voz baja.)*
La paja seca se compra
á mas precio.

SEYM. *(Para sí.)*
Lord Seymour,
atencion.

HORTEN. *(En voz alta riéndose.)*
Jesus! Qué cosas

me dice Laurencio!

LAUREN. Hortensia...

HORTEN. Frases de amor amontona
tan sin concierto... Silencio!
basta ya.

LAUREN. Si usted se enoja,
callaré.

ARTURO. (*Aparte.*)
Ni una mirada!...

SEYM. (*En voz baja á Hortensia.*)
Aquí está.

HORTEN. (*En voz baja á Seymour.*)
No puedo ahora
esplicar...

SEYM. (*En voz baja á Hortensia.*)
La mira á usted
con insistencia enfadosa.

HORTEN. (*En voz baja á Seymour.*)
Es cosa muy natural
en todo el que se enamora.

SEYM. Hortensia!...

HORTEN. Silencio... Inés...
(*Tose.*)

INES. Esa tos es peligrosa...
Hortensia, cuídate mas.

HORTEN. Para qué?

CONDESA. La vida es corta.

HORTEN. Vale tan poco la mia!

INES. No digas eso: estás loca?

MARQ. No soy de ese parecer.

LAUREN. Tambien mi opinion es otra.
(*Pasa al lado de Seymour y entabla con él un diálogo muy animado.*)

CONDESA. Lord Seymour no es de la misma?

LAUREN. Como al honor no se oponga
de la Inglaterra...

SEYM. Laurencio!

CONDESA. Y usted, Arturo, la adopta?

ARTURO. Obrar de otro modo...

HORTEN. (*Con estrañeza.*)
Arturo!...

ARTURO. Arturo Garcés de Moya.

HORTEN. Pues quién es aquí el Vizconde

de Villalpando y Pedrosa?

ARTURO. Yo soy.

HORTEN. (*Con intencion á Seymour.*)
Milord!

ARTURO. Una herencia
que acaso en Madrid se ignora.

HORTEN. (*Mirando al reló.*)
Las dos. Al buffet.

MARQ. (*Ofreciendo un brazo á la Condesa y otro á Hortensia.*)
Supongo...

CONDESA. (*A Inés en voz baja.*)
El de Pravia.

ARTURO. (*Ofreciéndola el brazo.*)
Inés.

MARQ. Dos joyas!

CONDESA. Tres con la placa...

MARQ. No tanto,
Condesa... Usted me sonroja.

ESCENA V.

LORD SEYMOUR.—LAURENCIO.

LAUREN. No somos de una opinion.

SEYM. Ni lo seremos...

LAUREN. Pensar
en que es oportuno y fácil
un cambio en la sociedad!
Esa doctrina, milord,
muy conveniente será
bajo el cielo nebuloso
de Inglaterra...

SEYM. La verdad
donde quiera que se siembra
sazonados frutos dá.
Si la nobleza descuida
y vé como propiedad
de clase mas inferior
la lid constitucional...

LAUREN. Ojalá que nunca arrostre
tan proceloso huracan!

SEYM. No espere usted que del siglo
la marcha se vuelva atrás.
LAUREN. Por esa razon yo llevo
una vida escepcional.
SEYM. Estravagante!
LAUREN. Procuro
vivir sin penas ni afan:
visto, como, bebo y bailo,
y déjole á usted pensar,
si el cuerpo, con esta vida,
que agradecerme tendrá...
SEYM. Y el alma? la inteligencia?.,.
LAUREN. Ya estoy... El pasto moral?
No lo descuido... En un libro,
milord, me he dado á estudiar,
y hallo en él tanto embeleso,
tan sabrosa amenidad...
SEYM. Cuál?
LAUREN. Uno del siglo quiuce
y cuya lectura es ya,
estraño que usted lo ignore,
la lectura universal.
SEYM. Y se titula?
LAUREN. Es un libro
de pocas hojas, que van
y vuelven del que las lee,
milord, á la voluntad.
SEYM. No caigo...
LAUREN. En él se fijó
mi inteligencia con tan
estraña aficion, que en él
aprendí lo que jamás
olvidaré... La malilla,
el tresillo, la imperial,
el faraon, el pecado,
el monte, la brisca, el craps,
el treinta y cuarenta, el quince,
la báciga, el baccarrá,
el golfo, el whist, el piqué,
la bonillotte, sin el brelán,
el ecarté, la rentilla,
el tute, el solo, el parar,
el l'ausquenet, los tresietes,

y el burro, juego que ya
se va estendiendo bastante
entre los hijos de Adan.
Mi educacion fué completa.

SEYM. Erudicion singular!
Que no ha de poder usted
hablar con formalidad!

LAUREN. Y de qué me serviria?
Cree usted, que por predicar
moralidad á los hombres,
ha de haber moralidad?
Que por decir verbi-gratia,
el gobierno marcha mal,
cree usted que de rumbo cambie
por eso el gobierno? Bah!
Qué locura! Milord, vamos,
que nos espera el champagne
y á la salud beberemos
de mi Hortensia.

SEYM. Esa deidad
tiene á usted loco de amor,
segun cuentan.

LAUREN. Lenguaraz
impostura! Yo de Hortensia
solo quiero la amistad;
le he consagrado la mia,
(*Dándole la mano.*)
y eterna, milord, será.

SEYM. (*Aparte.*)
Laurencio!... Tan buen criterio,
y tanta informalidad!

ESCENA VI.

HORTENSIA.

Sola por fin! Sin cuidado
respire mi corazon!
Funesta casualidad!
Si hubiera sabido yo!...
El conde de Villalpando
es el bizarro español

que en Nápoles me seguia,
que en Roma y Berlin me vió,
desde hace dos años sombra
que presta á mi cuerpo Dios?
Él es!... él es... en sus ojos!...
nunca!... me espanta su amor!
Y sin embargo, aquí dentro
su imágen querida... no.
Sujete este amante impulso
el yugo de mi razon,
La lucha es grande. Luchemos.
A mí los placeres de hoy,
los de mañana, del mundo
es brillo fascinador!
Banquetes, bailes, partidas
de caza, el radiante sol
de mi libertad en todo
su magnífico esplendor!
No le he de hablar!... Si le hablo!..
Misteriosa inclinacion,
no me deslumbres, ahoga,
sin que él la escuche, tu voz.

ESCENA VII.

ARTURO.—HORTENSIA.

HORTEN. Usted aquí?
ARTURO. Yo queria
hablar á usted, pero lejos
de esa confusion...
HORTEN. Qué causa?
ARTURO. La diré: con loco empeño
la flor en usted, Condesa,
de mi ventura contemplo.
HORTEN. Declaracion repentina
de amor...
ARTURO. De amor y sincero.
HORTEN. (*Riéndose.*)
Mil gracias.
ARTURO. No pague usted
con risas de menosprecio...

HORTEN. De qué se trata?
ARTURO. De mucho.
Se trata de dar remedio
á un grave mal que se esconde
en el fondo de mi pecho.
Se trata de una pasion
que ha alimentado en silencio,
reconcentrada, profunda,
que nunca faltó al respeto:
se trata, Condesa, aquí
de dos años de tormento
en cambio de una esperanza.
HORTEN. Esa esperanza es un sueño
que á la luz del desengaño
irá desapareciendo.
ARTURO. Señora!
HORTEN. Qué quiere usted?
no sé si tiene derechos
el corazon. Mi interés
es el piloto que empleo
para cruzar de esta vida
en los mares turbulentos.
ARTURO. De veras lo dice usted!
HORTEN. Lo digo como lo siento.
ARTURO. Condesa...
HORTEN. Basta de amor...
no es á propósito el tiempo...
ARTURO. Y cómo arrancar del alma?...
HORTEN. Lanzando del pensamiento
á esfera mas importante,
mas pura y hermosa el vuelo.
ARTURO. Mas pura, ni mas hermosa!...
HORTEN. No existe la gloria?
ARTURO. Es cierto.
HORTEN. La gloria corona al cabo
la inspiracion del ingenio.
ARTURO. La envidia la despedaza
con su sarcasmo violento.
HORTEN. La ambicion...
ARTURO. No me deslumbra
el brillo de sus arreos...
HORTEN. Proyecte usted un canal,
algun camino de hierro...

Hágase usted diputado,
y en el febril movimiento
de las sesiones...

ARTURO. Amor
domina solo aquí dentro.
Para tal investidura,
en mi juicio, es lo primero
la independencia.

HORTEN. Vizconde,
no ha visto usted el Congreso?

ARTURO. Amar á usted es mi gloria,
y ver á usted mi embeleso.
Oh! Qué pálido es el brillo
de esos pobres pensamientos
que asoman bajo esa trenza
de tan hermosos cabellos!
Mas que dan, quitan á usted
valor y merecimiento.
(Hortensia se quita los pensamientos de la cabeza y los coloca sobre el corazon.)

HORTEN. Será verdad tanto amor?

ARTURO. Mis lábios nunca mintieron.

HORTEN. La ilusion se desvanece
muy pronto...

ARTURO. Cuando es un mero
capricho.

HORTEN. La posesion
es flor que lleva en sus pétalos
cabe el harpon de la duda
la horrible hiel del desprecio.

ARTURO. No, jamás.

HORTEN. Ya mis mejillas
su antiguo encanto perdieron.
La enfermedad que me aqueja,
trocó de apacible en seco
mi carácter, y de dócil
en caprichoso y soberbio.
Tan pronto estoy en España
como en Italia: no puedo
pasar un año, tres meses,
tranquila en un mismo pueblo.
Pobre esqueleto con vida
prestada, en sedas envuelto,

que vá de aquí para allá,
despavorido y temiendo
que su sepulcro le llame
para guardarle en su centro.

ARTURO. Quién es, Hortensia, el esclavo
que leyes dicta á su dueño?
La esclavitud del amor
no es un suplicio, es el cielo
del alma. Curar los males
de la que se ama; en el templo
penetrar en que ella esconde
al abrigo del silencio
el rico y santo tesoro
de su amor; beber su aliento!
vivir un dia siquiera
quemándose en ese fuego
que engrandece y purifica
del alma los sentimientos;
de su existencia rasgar
el siempre tupido velo...

HORTEN. No intente usted de la mia
penetrar en el misterio:
asusta, avergüenza, mata
la ilusion. Oscuro cieno
en que avergonzado y solo
se revuelve un esqueleto!

ARTURO. Y si yo con mi cariño
tan turbio pantano seco,
y en él por mi buena estrella,
de amor la semilla siembro...

HORTEN. Espinas recojerá
quien tenga ese atrevimiento...

ARTURO. No ha amado usted en su vida?

HORTEN. Ay! No sé; no lo recuerdo!

ARTURO. Hortensia!

HORTEN. Si usted me ama,
váyase usted.

ARTURO. (*Limpiándose las lágrimas.*)
Obedezco.

HORTEN. Llora usted?

ARTURO. Valen tan poco
estas lágrimas que vierto!

HORTEN. Vizconde!

ARTURO. Qué quiere usted?
HORTEN. Dios me asista! Yo no quiero
que usted me aborrezca.
ARTURO. Nunca.
HORTEN. Y tanto amor será eterno?...
ARTURO. Lo será; créame usted,
señora...
HORTEN. No... Yo fallezco!
(*Apoyándose en una silla.*)
ARTURO. Hortensia! Qué agitacion!...
Si lo que pasa es un sueño!
HORTEN. Esta es la primera vez
que grita amor aqui dentro.
ARTURO. Eres un ángel, Hortensia!...
HORTEN. (*Dándole los pensamientos que colocó en su pecho; Arturo la besa la mano arrodillándose.*)
Soy una loca que pierdo
la ostentacion que deslumbra
por un bien tan pasagero!
ARTURO. Siempre! siempre!
HORTEN. Dios dirá!
ARTURO. Sobre el corazon!

ESCENA VIII.

ARTURO.—LORD SEYMOUR.—HORTENSIA.

(*Arturo permanece arrodillado.*)
SEYM. Qué veo!
HORTEN. Es el Vizconde, milord,
el único á quien encuentro
sin una cinta en el frac;
y de esta manera al verlo,
le he honrado con esa flor
que engalanaba mi pecho.
MILORD. Consérvela muchos años,
que tiene la flor gran precio.
ARTURO. Condesa...
HORTEN. Señor Vizconde...
Se aleja usted? No pretendo
tener de su compañia
esta noche el privilegio.

ARTURO. No dejaré los salones
sin ver á usted.
HORTEN. Hasta luego.

ESCENA IX.

HORTENSIA.—LORD SEYMOUR.

SEYM. Será ofensa el suponer
que es prenda al cabo esa flor
y donativo de amor?
Debo al impulso ceder
de un corazon ya celoso?
HORTEN. Dos años duró esta lucha!
SEYM. (*Con ironia.*)
Fué la resistencia mucha?...
HORTEN. Milord: es usted mi esposo?
SEYM. Creia tener derecho
á una franca esplicacion.
HORTEN. Le sobra á usted la razon.
SEYM. Condesa, si yo sospecho
de usted intencion no sana...
HORTEN. Daré respuesta cumplida
á esa indicacion: mi vida
tiene un ayer y un mañana.
SEYM. (*Con intencion.*)
Echó en el olvido el ayer,
por mi ternura, mi juicio...
HORTEN. Si fué grande el sacrificio,
sabrélo yo agradecer.
SEYM. Sacrificio!
HORTEN. La ironia,
milord, mis nervios subleva....
ese sarcasmo me lleva
adonde yo no queria.
SEYM. Flaqueza ó casualidad!...
HORTEN. Admito gustosa el reto...
SEYM. (*Con sarcasmo.*)
Faltar no quise al respeto
que usted merece.
HORTEN. Es verdad.
Lo merezco por mujer,

y no esperaba, señor,
que conociéndolo un lord
me echase en cara ese ayer.
Y puede orgulloso estar
lord Seymour, par de Inglaterra,
por ser quien supo en la tierra
de rabia hacerme llorar.

SEYM. Y usted que guardando oculto
ese cariño, señora...

HORTEN. Supongo, milord, que es hora
de dar treguas al insulto.
(*Tose.*)

SEYM. Prudencia, tranquilidad..,
y no olvidemos los dos
que es peligrosa esa tos...

HORTEN. Milord, es burla ó piedad?

SEYM. Hablemos en paz aquí
y con lisura.

HORTEN. Eso quiero.

SEYM. Amante mas caballero
no se conoce...

HORTEN. Es así.

SEYM. Pues bien; es fuerza poner
un término...

HORTEN. Usted se olvida,
milord, de que hay en mi vida,
por mi desgracia, un ayer.

SEYM. Condesa, hablaré mas claro
si usted me permite...

HORTEN. Sea.

SEYM. Suplico á usted que me crea.

HORTEN. Prosiga usted sin reparo.
Conozco mi situacion...

SEYM. Esa sospecha es injusta...

HORTEN. Me abochorna, no me asusta,
lord Seymour, mi condicion.

SEYM. Tres años ha que nos vimos...

HORTEN. En Berlin.

SEYM. Y á usted le plugo,
Condesa, aceptar el yugo
en que ha tres años vivimos.

HORTEN. Es verdad.

SEYM. Desde ese dia...

HORTEN. Dictó su ley mi capricho.
SEYM. Yo nunca lo hubiera dicho...
HORTEN. Por qué no, si aunque tardía
mi voluntad hoy recobra
su independencia?..
SEYM. Cuidados
de amante, alhajas, brocados...
HORTEN. Todo eso, milord, me sobra.
SEYM. Y si yo, que ciego adoro
en usted, que no comprendo
la vida, sino teniendo
de esa hermosura el tesoro,
ofrezco á usted gerarquía,
riqueza que al mundo asombre,
y con mi mano mi nombre?...
HORTEN. Milord... Lo rehusaria...
SEYM. Está bien, y pues no encuentro
razon mejor que pudiera...
HORTEN. Esta es la ocasion primera
que grita amor aquí dentro.
Y quiero al dejar la cumbre
á que me alzó mi destino,
que en este nuevo camino
la antorcha de amor me alumbre.
Usted que ha visto el profundo
lodazal de mi existencia,
y el borron de la sentencia
que estampa en mi frente el mundo.
Usted pretende que yo
manche el blason de ese nombre
que lleva sin mengua un hombre
tan generoso?... Eso no.
Acúseme usted de ingrata...
será doble mi martirio;
mas calme usted el delirio
de pasion tan insensata.
Busque usted de los amores
en el jardin la azucena,
deje usted la rosa llena
de espinas y sin colores.
No es bueno que en adelante.
si acepto esa diestra honrada,
mi velo de desposada

la torpe envidia levante,
y en su triunfo logre ver
lo que he sido y lo que soy;
mis ingratitudes de hoy,
mis escándalos de ayer.

SEYM. Condesa, á todo me obligo
desde este triste momento...
No soy lo que fuí, y presento
la mano de un buen amigo.

HORTEN. La acepto, Conde.

SEYM. Los dos
sabemos lo que ella vale.

HORTEN. No hay otra que se le iguale.

SEYM. *(Besándole la mano.)*
El último.

HORTEN. Enrique, adios.

ESCENA X.

LAURENCIO.—LA CONDESA.—EL MARQUÉS DE LA FLORIDA.—ARTURO, *por el fondo.*—INÉS.—LORD SEYMOUR.—HORTENSIA.—*Señoras y caballeros por distintos puntos.*

LAUREN. Charmant! Charmant!

SEYM. *(Enjugándose las lágrimas. Con enfado.)*
Soy un niño.

MARQ. *(A Inés y á la Condesa.)*
El mejor de los mejores!

HORTEN. *(Aparte.)*
El llanto riega las flores
primeras de mi cariño.
(Se oye la orquesta.)
De nuevo el baile convida...
Condesa, querida Inés...
(Se van las tres por el fondo agarradas del brazo.)

LAUREN. No vas al salon?

ARTURO. (*Sentándose con aire meditabundo. Seymour recostado en la chimenea.*)
Despues.

LAUREN. (*Al Marqués. Se sientan los dos á la mesa de juego.*)
Juguemos una partida.
(*Las señoras y los caballeros se dispersan en distintas direcciones. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete elegante: mesa con periódicos; un velador; encima de él una caja de pistolas.—Puertas en el fondo, que dan al jardin: puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ, *entrando como de la calle.*—BERNARDO.

BEATRIZ. En dónde está la señora?
BERNAR. En el jardin.
BEATRIZ. Y con quién?
BERNAR. Buena pregunta!
BEATRIZ. Bernardo!...
Punto en boca.
BERNAR. Callaré.
(*A Beatriz que ha puesto su sombrero sobre las pistolas.*)
Cuidado que están cargadas...
Cómo han de servir despues
para el tiro! La Condesa
y el Vizconde, por hacer
algo!...
BEATRIZ. Vino lord Seymour?
BERNAR. Si no ha vuelto desde el mes
de enero!
BEATRIZ. Bernardo!...
BERNAR. Vaya!...
Por qué me pregunta usted?

BEATRIZ. Porque me asiste el derecho
de hacerlo, retírese.

ESCENA II.

BEATRIZ.

Pobre señora! Empeñando
sus alhajas, porque á fuer
de enamorado un galan!...
Qué diferencia de aquel
lord Seymour! Un bravo mozo!
Tan desprendido!... Un inglés
completo! Esta situacion
no puede parar en bien!
Ya está su rica pulsera,
como otras dos, en la red
del Monte Pio. Quién sabe
si podrán salir las tres!
Y es fuerza guardar secreto!
así me lo ha dicho ayer.
Pobre ama mia! Tan buena!...
Lo peor del caso es,
que su salud se quebranta
con pasmosa rapidez...
Ya viene; enjugo mi llanto...
y... Dios la proteja, amen!

ESCENA III.

HORTENSIA.—BEATRIZ.

BEATRIZ. (*Dándole tres paquetes de moneda.*)
Aquí tiene usted, señora...
en monedas de oro... diez,
veinte, treinta mil reales.
La papeleta... Qué buen
color!
HORTEN. Vengo del jardin...
(*Leyendo la papeleta.*)
Dentro de un año!...

BEATRIZ. Por qué
á Italia no nos volvemos?
HORTEN. Ya volveremos..,
BEATRIZ. Pardiez!
Ha de estar nuestra casita
de campo, como un eden!
Y algo produce! pues no!
La dote de su merced!...
HORTEN. Soy tan dichosa en Madrid!
BEATRIZ. Bah!... Si esto no puede ser!...
Si falta lo principal...
Lord Seymour...
HORTEN. No me hables de él.
Has ido á los Italianos?
BEATRIZ. Ya están pagadas las seis
misas para la madona;
y al capellan le dejé
dos onzas para los pobres
de nuestro barrio. Ni el Rey
la caridad ejercita
con tan grande esplendidez!
Y al mismo tiempo se empeñan
las alhajas!
HORTEN. Déjame.
BEATRIZ. No, señora; quiero hablar
y hablar...
HORTEN. Por última vez.
BEATRIZ. Si usted desoye el consejo
de mi esperiencia...
HORTEN. Y cuál es?
BEATRIZ. Que abandonemos al punto
esta confusa Babel.
Reflexione usted que tiene
pocos recursos; la fé
se acaba, como el dinero;
y desde que Lucifer
se entró en casa, y envidioso...
HORTEN. Beatriz!
BEATRIZ. Su grato vergel
nos brinda Italia; sus aires,
Hortensia mia, te den
salud y tranquilidad:
allí corrió tu niñez

al amor de mi cariño;
allí correrá tambien
tu juventud, y olvidada
de este mundo, en la vejez...

HORTEN. Beatriz, no me hagas llorar!
vivo feliz, desde que
redujo amor al silencio
la lengua del interés.
Si á ser condesa y esposa
de lord Seymour me negué,
no atribuyas á demencia
tan honrado proceder;
el honor de un hombre es oro,
y en trance tal, es de ley
que muestre la desposada
su frente, sin que haya quien
encuentre manchas en ella
del claro velo á través.
Ya volveremos á Italia...
(*Aparece Arturo por la puerta del fondo.*)
Arturo... Retírate.

ESCENA IV.

ARTURO.—HORTENSIA.

ARTURO. Suspende, Hortensia, un momento
por mí, de tu tocador
el grato entretenimiento,..

HORTEN. Qué puede negar mi amor
al tuyo? Toma un asiento.
(*Se sienta. Arturo se coloca á un lado de pié, apoyándose en el sillon.*)

ARTURO. Me encuentro muy bien así.

HORTEN. Qué quieres, Arturo?

ARTURO. Quiero
hacerte un regalo.

HORTEN. A mí
un regalo?

ARTURO. Es el primero
que amor buscó para tí.
Y como el amor es niño

y va desnudo y con alas,
tuve por mejor aliño
de abril y mayo las galas
para mostrar mi cariño;
porque este afan que en la brisa
de tu jardin, los enojos
templa de un alma sumisa,
ya se consuma en tus ojos,
ya se alboroce en tu risa,
no ha menester en señal
de la verdad con que siente,
ceñir por gala á tu frente,
ni diamantino cristal,
ni ricas perlas de Oriente.
Flores de tintas variadas,
acaso ya marchitadas
de amor al ardiente beso;
flores que fueron cortadas
por mí para tu embeleso,
son hoy el mejor tesoro
que puedo, Hortensia, ofrecerte
yo, que hasta en sueños te adoro,
yo, que aspiro á merecerte
sin las conquistas del oro.
(*Le dá un ramito de flores. Hortensia lo toma.*)

HORTEN. Y yo rindiendo á este don
un tierno homenage, Arturo,
le estrecho á mi corazon;
y que ha de ser mi pasion
eterna, en tus brazos juro!

ARTURO. Hortensia, entonces por qué
te niegas á ser mi esposa?

HORTEN. Yo, Arturo mio, lo sé;
respeta la triste losa
del cadáver de mi fé.

ARTURO. Ya corrieron hartos dias
sin saber la esplicacion
de tantas melancolias...

HORTEN. No insistas...

ARTURO. Por qué razon?

HORTEN. Porque... me despreciarias!...

ARTURO. Hortensia... y si de mi mano,
tal vez por necesidad,

dispone mi padre anciano,
qué podrá mi voluntad
en trance tan inhumano?
Cuál mi conducta ha de ser?
De un hijo la obligacion
se cifra en obedecer...

HORTEN. Pregunta á tu corazon,
y él te sabrá responder.

ARTURO. Siempre misterios!

HORTEN. Qué quieres!

ARTURO. Es tan poco lo que valgo
que tu silencio prefieres?...

HORTEN. Si tienes mi amor en algo,
no, Arturo, me desesperes!

ARTURO. Y eso es amor?

HORTEN. Eso es...
callar lo que puede herir...
ser mártir, como me ves...
y si eres de otra despues,
callar tambien y morir!

ARTURO. Hortensia, mi claro dia;
Hortensia, escondido cielo
de ese amor y esa alegría,
que busca en su amante vuelo
el alma impaciente mia...
Por mas que quieran torcer
mi voluntad, yo te juro
por mi salvacion, no ser
esposo de otra mujer!...

HORTEN. *(Besándole la mano.)*
Arturo!... Gracias, Arturo!

ESCENA V.

HORTENSIA.—ARTURO.—LAURENCIO.

HORTEN. Quién es? Usted por aqui,
Laurencio, y tan de mañana?

ARTURO. Las dos. Qué te pasa? dí...

LAUREN. La política inhumana
me trae buscándote.

ARTURO. A mí?

LAUREN. Usted, como siempre, bella!
ARTURO. La política!... Si en ella
no me ocupo.
LAUREN. Ahi verás...
pues, hoy á ocuparte vas
por mi diabólica estrella.
HORTEN. Y qué ha sucedido?
LAUREN. Nada.
ARTURO. Refiérenos de tu mal
la causa...
LAUREN. Tengo señal?
(Arturo responde que no con un movimiento de cabeza.)
Me han dado una bofetada
en la lucha electoral.
HORTEN. Jesus!
LAUREN. Y buena! segun
del público los trasportes...
pero el atrevido... pum!
llevó la respuesta en un
abrir y cerrar de Córtes.
LAUREN. Y el lance asi terminó,
no es cierto?
ARTURO. El asunto es grave,
muy sério...
LAUREN. Pues no, que no!
Insolente! Hasta que yo
mi afrenta en su sangre lave,
no he de jugar por mi fé!
ARTURO. La cólera hasta ese punto
te ciega?... Dime, Y quién fué
el elector!
LAUREN. Un difunto.
HORTEN. Laurencio!
LAUREN. Me esplicaré.
Entró á votar muy erguido,
de cara redonda y lúcia
y ademan algo atrevido,
medianamente vestido
y la camisa muy súcia,
un elector qne decia
llamarse Ramon Cascante...
Solemne supercheria

porque el tal es un vergante
que ha dos meses me servia.
Y el verdadero elector
era de los principales
del comercio, un buen señor...
tan franco!... fué mi acreedor...
Yo asistí á sus funerales.
Me opuse á darle un derecho
que es solo del ciudadano
que paga al estado pecho;
pero el alcalde, á despecho
de mi vigor catoniano,
me dijo con voz sonora,
como hombre que reconquista
su autoridad protectora...
«Ramon Cascante de Mora,
lea usted, está en la lista.
—Sí señor; pero este es caco.—
Señor alcalde, eso no;
Ramon Cascante soy yo.—
Mentira, calle el bellaco.»
Y entonces me confirmó.
Al golpe se alborotaron
los electores; corrieron,
en el fondo se agruparon,
y á poco tiempo volvieron
despues que nos separaron.
—»Insisto, señor alcalde:—
señor elector, no insista;
la ley previene, y en vista
de la ley, todo es en valde:
lea usted, está en la lista.»
Callé y salíme asombrado
de saber que en un asunto
tan grave para el Estado,
como haya un buen delegado,
puede votar un difunto.

ARTURO. Si no remites al cielo
tu venganza, yo no sé
cómo has de salir...

LAUREN. Por qué?

ARTURO. Formalizarás un duelo
con un criado?

LAUREN. Sí, á fé.
HORTEN. Hará usted mal; ese lance
no puede llamarse afrenta,
por mas que despues la imprenta...
Es un ligero percance.
electoral, que no cuenta.
LAUREN. Alguno me aconsejó
que á la nobleza conviene...
Lord Seymour la culpa tiene.
HORTEN. Si ustedes permiten... yo
voy á vestirme...
ARTURO. A qué viene,
Hortensia, ese cumplimiento?
LAUREN. Si hay en mí merecimiento
y usted acepta mi mano...
HORTEN. No pierdo en ello, que gano.
LAUREN. Adios; hasta otro momento.
(La deja á la puerta de su habitacion.)

ESCENA VI.

LAURENCIO.—ARTURO.

ARTURO. Sabes, Laurencio, que el lance?...
LAUREN. Otro algo mas engorroso
te espera á tí.
ARTURO. Qué sucede?
Laurencio, dímelo pronto.
LAUREN. He recibido una carta
del duque de Montecorvo...
ya sabes... aquel muchacho
de quien... sin pizca de tonto!...
ARTURO. Prosigue...
LAUREN. Me dice en ella
que tu padre está furioso
contigo, porque te obstinas
en no ser lo que son otros,
miembro de la cofradía
paciente del matrimonio.
Y en verdad que el pobre viejo
tiene razon!... Estás loco?
La Condesa de Arnadelo

recoge de bienes propios
cien mil ducados de renta...
es viuda, de buenos ojos...
cintura leve... Esto nunca
podrá servirte de estorbo...
graciosa, la tez morena...
y no ha llegado á veintiocho.
Cásate, no es cosa de
volver á la suerte el rostro.

ARTURO. Jamás de la de Arnadelo
seré, Laurencio, el esposo.
Algunos criticarán
mi proceder.

LAUREN. Y no pocos...

ARTURO. Corriente. Será locura,
pero á este enlace me opongo.
Yo sé que es la de Arnadelo
muy rica, y no desconozco
que mi porvenir acaso
por una ventana arrojo;
pero sé que su carácter
no me conviene. De foscos
arranques, de maldiciente
condicion, fria en el fondo
de su alma, calculadora,
desnuda de ese buen tono
natural, segura prenda
de pergaminos heróicos...
la Condesa busca en mi
satisfaccion á sus ódios
y el dardo con que ha de herir
á Hortensia, que es mi tesoro.

LAUREN. Cásate, pues, con Hortensia,
y de este ó del otro modo
podrás...

ARTURO. Con Hortensia!

LAUREN. Qué?

ARTURO. Mas de una vez, en el colmo
de mi amor, se lo he propuesto...
pero ella...

LAUREN. A tus dulces votos
se niega?

ARTURO. En su negativa ..

hay algo de misterioso,
que averiguar nó he podido
en mis amantes coloquios.
Por qué no ha de ser mi esposa?
Qué orígen tiene ese estorbo
secreto, escondido dentro
del alma que no conozco?

LAUREN. Caprichos!... Y el caso es
que el viejo... No me equivoco...
Hoy mismo llega á Madrid...
Salió de Granada el ocho.

ARTURO. Laurencio, es fuerza evitar
que hable con Hortensia...

LAUREN. Y cómo?
Tu padre no retrocede;
de su autoridad celoso
te hará cumplir la palabra
que él ha dado y que tú has roto.
General, y no de aquellos
que llegan á serlo en hombros
del cortesano favor
ó del descaro notorio
con que en el Congreso venden
su independencia y sus votos,
tu padre conserva aún
su antiguo temple y su aplomo.
Él conoce, como yo,
los crecidos desembolsos...
de tus acreedores; sabe
tu amor, que ya se hace histórico,
y no estrañaré que quiera
romper tus cadenas de oro,
y armar la de Dios es Cristo...
Duro, altivo, terco y ronco
la tempestad de su génio
ya ruge sobre nosotros.

ARTURO. Vamos á buscarle.

LAUREN. A dónde?
Si no se sabe... El demonio
nos planta al viejo en Madrid!

ARTURO. Esto ha de ser; reconozco
respeto su autoridad;
mas no he menester, ni compro

encumbramientos futuros,
vendiéndome como otros.

LAUREN. Vamos, pues.

ARTURO. Por el jardin,
es el camino mas corto
y está á su puerta mi coche.

LAUREN. Ni quito rey, ni lo pongo.
(Se retiran por la derecha.)

ESCENA VII.

EL GENERAL.—BERNARDO.

GENER. Anúncieme usted.

BERNAR. Y á quién
tendré el honor? No conozco...

GENER. No importa; obedezca y calle;
que cuando mi nombre escondo,
señor criado, tendré
motivos muy poderosos.
(Entrase Bernardo en la habitacion de Hortensia.)

ESCENA VIII.

EL GENERAL.

Esta es su casa; este es
el gabinete amoroso
de la nueva Aspasia: aquí
sujeto á sus grillos de oro,
mi hijo, nuevo Alcibiades,
por ella lo olvida todo.
Qué lujo!... Qué ostentacion!
Veremos, si el tal coloso
resiste á mi autoridad...
Cuando yo pinte á sus ojos
el cuadro de su existencia
hundida siempre en el lodo,
veremos si al fin se niega
á secundar mi propósito.
(Aparece Hortensia precedida de Bernardo: este se retira por la puerta del fondo.)

ESCENA IX.

El General.—Hortensia.

Gener. Señora!...
Horten. Podré saber
el nombre de quien se anuncia
con tal misterio?
Gener. Su nombre,
sin causa grave, no oculta
un soldado.
Horten. Aunque respeto
la faja de la cintura,
diré á usted que me enseñaron
mis padres desde la cuna
á honrar siempre de las canas
la autoridad inconcusa.
Gener. Y es mayor su autoridad,
cuando estas canas deslumbran
por la honradez de mi vida
que ha sido, señora, mucha.
Horten. Señor General, parece
que tales palabras buscan
un objeto á quien herir...
y frase que envuelve injuria...
Gener. Guarde usted esa sonrisa
de indiferencia ó de burla
para esa generacion
que en torno de usted se agrupa...
Horten. Caballero!
Gener. Hay en Madrid
un mancebo á quien empuja
el huracan del amor;
alma noble y de profunda
sensibilidad, incauto
cedió ha tiempo á la locura
universal y se ha impuesto
de una mujer la coyunda.
Por esta mujer de un padre
se olvidó; por ella cruza
de Italia el vergel florido,

del Rhin las selvas oscuras;
por ella ha vuelto á su patria;
por ella, en fin, se sepulta
en los ricos gabinetes
de su morada, y se cura
mas de su amor, que del bien
de su familia.

HORTEN. Concluya
usted.

GENER. Yo vengo resuelto
á romper sus ligaduras.
Dónde está?

HORTEN. Su nombre?

GENER. Arturo.

HORTEN. General, no se renuncia
fácilmente á una conquista...
Laureles que se disputan
con tanto afan se conservan...
á mas de que me repugna
ceder, cuando la amenaza
del ruego el lugar ocupa.

GENER. Su interes de usted lo exige...

HORTEN. Mi interés?...

GENER. Arturo, en suma,
debe romper las cadenas
que estorban hoy su ventura.
Mi hijo es pobre, señora,
y le ofrece la fortuna
un rico enlace...

HORTEN. *(Riéndose.)*
De veras?
Y en ese enlace se funda
su porvenir?...

GENER. Sí, señora.

HORTEN. Perdone usted, si la duda...

GENER. Señora, usted desafia
mi condicion iracunda?

HORTEN. General!...

GENER. Yo diré á todos
quién es Hortensia, hija impura,
bastarda de un gondolero;
criada sobre las turbias
aguas del mar de Venecia;

nacida en hora infecunda
para el bien, porque no sabe
quién fué su madre, y la tumba
busca en vano en que reposa...
Diré que Hortensia en la furia
de su ambicion, se vendió
á un Conde anciano, perjura,
manchando despues su honra
ante una córte, que estúpida
la recibió sin exámen,
la protegió sin cordura.

HORTEN. *(Con ironia.)*
Es verdad!

GENER. Que el noble anciano
vertió su sangre caduca
por ella y murió en un duelo...

HORTEN. *(Con sentimiento.)*
Verdad tambien!...

GENER. Que ya viuda,
escándalo fué de Italia,
padron de ignominia en Rusia...
cadáver luego vestido
con ricas pieles de nutria,
que un tanto galvanizó
de lord Seymour la ternura,
cadáver que arroja el cieno
del mar del vicio á la espuma...

HORTEN. Cadáver que se levanta
altivo si se le insulta.
Nací hermosa, muy hermosa!...
La mano de Dios fecunda
por castigar mi soberbia
me alzó á inesperada altura,
y en ella sentí los dardos
de la envidia y la calumnia.
La góndola de mi padre,
que ya por mi mal no surca,
de banderas coronada
la veneciana laguna,
mi lecho nativo fué;
y en él mi niñez tan pura
brilló, como el sol de dia,
como de noche la luna.

Y alli brotaron tambien
del corazon en la urna,
esperanzas y ambiciones,
sombras funestas que cruzan
al ruido de esas baladas
con que el pescador saluda
su lecho, cuando se acuesta,
la aurora, cuando madruga.

GENER. Llora usted?

HORTEN. Bueno es que corran
mis lágrimas una á una!...
Con ellas doy un recuerdo
á mi perdida ventura!

GENER. *(Dominando su emocion.)*
Siga usted.

HORTEN. Con un anciano
me casé, de ilustre alcurnia:
es cierto, y abandoné
por ese enlace mi gruta,
entrando en el laberinto
del gran mundo, flor inculta,
que, en él, de tronchar habian
los huracanes que zumban.
Y asi fué. Mi aparicion
provocó una alarma injusta,
y las damas de la córte,
encopetadas y bruscas,
orgullosas con el lustre
del nombre que las encumbra,
primer juguete que hallaron
al nacer sobre su cuna,
mi vanidad encendieron
con su desprecio! Y qué culpa,
General, era la mia?
Haber nacido en oscura
condicion? No presentar
á su insensatez absurda
blasones que me escudaran
mas tarde en mis aventuras?
Pues qué, la hija del pueblo
no puede, si Dios la ayuda,
ceñir feudales coronas,
pisar sobre alfombras turcas?

Es nuestra naturaleza
tan distinta de la suya?
(Tose.)

GENER. Señora, cálmese usted...
Esa tos... se me figura...

HORTEN. No importa. Desde ese dia
mi orgullo emprende otra ruta.
El número de mis trenes
á aquellas gentes asusta;
las fiestas que doy asombran,
mis aderezos ofuscan.
Convierto mi casa en punto
de reunion, en tertulia
general: artes y ciencias
riquezas, literatura,
gloria y poder, cuanto el mundo
respeta, aplaude y adula,
todo allí, como á su reina,
holocausto me tributa.
Aquellas altivas damas
que me cerraron adustas
sus alcázares, se vieron
aisladas, porque la turba
de sus galanes corria,
olvidándolas, en busca
de la humilde gondolera,
de la niña, de quien turbias
las aguas del mar Adriatico
columpiaron la falúa.

GENER. Siga usted.

HORTEN. No satisfecha
de herirlas en lo que abulta
su insensata vanidad,
clavé la acerada punta
del hierro de mis venganzas
en su corazon... Astutas
virtud mentian, y yo
de toda piedad desnuda,
sus amantes las robé
y asesiné sus venturas,
matando á la par mi honra
en esta difícil lucha.
Súpolo el Conde, el anciano

mas noble en su desventura
que yo á mis deberes fiel,
por su honor la espada empuña,
se bate y muere, y su muerte
el sol de mis glorias nubla.
Qué hacer, señor General!
Me vi sola, sin fortuna;
con un gran nombre, perdida
en la opinion que me acusa;
sin freno ya la pasion
del lujo, sin fé ninguna...
Qué hacer? Me arrojé resuelta
del mundo en la barahunda,
y no queriendo perder
magnificencias futuras,
ni mi grandeza presente,
(En voz baja.)
ceñí, cortesana impúdica,
esa corona de flores,
llena de espinas que punzan,
escondiendo en el misterio
la verdad de mi conducta,
tranquila al ver que en el mundo
por apariencias se juzga.

GENER. Hortensia!...

HORTEN. Verdad horrible
no es cierto? existencia inmunda!...
No es así?... Pero existencia
que corre ahogada en la lluvia
de mi llanto, hirviente lava
del cráter de mis angustias!
Padezco, señor, de dia!
Lloro en las horas nocturnas
del sueño!... Por mas hermosas
que sean las vestiduras
de mi cuerpo y mas brillantes
las piedras que me circundan,
no me atrevo muchas veces
á alzar mi frente, en la duda,
por el temor de que alguien,
si la examina, la escupa.

GENER. Me inspira usted compasion!...
Cómo es que usted no renuncia

á esa vida?...

HORTEN. He renunciado
por su amor!... Su amor me impulsa,
me purifica, la hiel
de mis recuerdos endulza!...

GENER. Mas él por usted, en cambio,
leyes del honor abjura...
y no se acuerda de mí,
que soy su padre... y le abruman
por usted cien acreedores...

HORTEN. Mentira!... Torpe impostura!
(Se dirige á un armario pequeño, le abre y saca de una de sus gavetas algunas papeletas del Monte de Piedad. Se las enseña.)
Vea usted... Yo no he querido
mas que su amor, y me injuria
villanamente quien diga,
quien imagine ó presuma
que el interés... Lea usted...
Esta es de hoy... quien me acusa,
miente... La mujer altiva,
señor General, que juntas
mano y riquezas devuelve
á lord Seymourd, no calcula.

GENER. *(Enternecido.)*
Enjugue usted esas lágrimas
que sus megillas inundan...
En nombre de ese cariño,
en nombre de mi ternura
paternal, deshaga usted
tan vergonzosa coyunda.

HORTEN. Tal sacrificio!... No puedo.

GENER. No desoiga usted mi súplica:
su matrimonio es la dicha
de sus padres y la suya.

HORTEN. Señor, me voy á morir!

GENER. *(Toma una de sus manos con cariño y se arrodilla.)*
Amores el tiempo cura...

HORTEN. Qué hace usted?

GENER. Arrodillarme...
rogar á usted que sacuda
el yugo que la esclaviza...

Así mis votos se cumplan,
y logre usted de una madre
hallar la ignorada tumba!
Por su sagrada memoria!...
(Aparte.)
Qué agitacion!

HORTEN. *(Aparte.)*
Su figura
de mi padre me recuerda
las venerables arrugas!

GENER. Ceda usted...

HORTEN. Es un anciano!
Riega mis manos convulsas
con su llanto!... Es el primero
que invocó la sepultura
de mi madre! Y dice usted
que esa union es su absoluta
felicidad, que esa union
su porvenir asegura!

GENER. Sí, Hortensia...
(Con un grande esfuerzo, levántase el General.)

HORTEN. Pues... libre está!
y Dios clemente me acuda!

GENER. Hortensia...

HORTEN. Nada de gracias...

GENER. En pago de esa conducta...

HORTEN. Un silencio sepulcral...
Que nunca, Arturo, que nunca
de este sacrificio sepa
la causa... Y Dios me confunda
si no es mi vida su amor!

GENER. Tanta afliccion, aunque justa...
Hermoso lirio entre zarzas!

HORTEN. Oh, General!—Qué locura!...
Si no soy mas que un cadáver
envuelto en pieles de nutria,
cadáver que arroja el cieno
del mar del vicio á la espuma!

GENER. *(La estrecha las manos y se las besa.)*
Perdóneme usted, Hortensia...
mi agradecimiento supla...

HORTEN. La gratitud de un anciano
compensa mis amarguras,

y el rocío de sus lágrimas
acaso lave mis culpas!
(Hortensia se separa violentamente del General, enjuga sus lágrimas y tira de la campanilla; Beatriz aparece por una de las puertas laterales.)

ESCENA X.

HORTENSIA.—EL GENERAL.—BEATRIZ.

HORTEN. Beatriz, mi schal, mi sombrero
y un carruage de alquiler...
(Se vá Beatriz.)
Valor!... Si al cabo ha de ser,
corazon, lo que yo quiero!
Hecha pedazos la palma
de mi amor en un momento!
GENER. Llora usted?
HORTEN. De sentimiento...
Le adoro con toda el alma!
GENER. Oculte usted un dolor...
HORTEN. Si no le quiero ocultar.
Ojos que saben llorar
nacieron para el amor!
(Se sienta y escribe. Coloca sobre la mesa el ramo de pensamientos.)
GENER. Será sacrificio en vano
si Arturo llega á saber...
HORTEN. Yo sé lo que debo hacer
y no me tiembla la mano.
Juramento que se dió
se cumple, y pues yo le dí...
(Aparte.)
Que me desprecie, eso sí:
que me aborrezca, eso no!—
Desde hoy, por Dios, no ha de haber
quien ponga tacha en mi vida;
amada ó aborrecida
hoy muere en mí la mujer.
Yo le amaré de tal suerte
que nadie, señor, lo vea,
ni él mismo , como no sea

en la hora de mi muerte.
Cuando esta llegue, señor,
déjele usted que acompañe
mis restos y que los bañe
con el llanto de su amor.
(Se levanta, dejando sobre la mesa la carta escrita.)

BEATRIZ. *(Aparece con un schal y un sombrero en la mano.)*
Señora, el coche ya espera.

HORTEN. *(Se pone el sombrero y toma el schal de manos de Beatriz.)*
Tú, Beatriz, vienes conmigo...
(Beatriz se pone su sombrero.)

GENER. Si el brazo de un buen amigo...

HORTEN. *(Rehusando.)*
Mil gracias.

GENER. Como usted quiera.
Noticias de usted aguardo?

HORTEN. Sí, General: esta noche.

ESCENA XI.

HORTENSIA.—GENERAL.—BEATRIZ.—BERNARDO.

BERNAR. Señora, abajo hay un coche...

HORTEN. Lo sé... Ven acá, Bernardo...
(Hablando al criado.)

BERNAR. Muy bien.

HORTEN. *(Aparte.)*
Mi valor se acaba.—
Adios.
(Se encamina precipitadamente á la puerta del foro, seguida de Beatriz; se detiene repentinamente; su agitacion es estraordinaria; retrocede, se dirige á la mesa y toma el ramo de flores: el General la observa con inquietud.)

GENER. Si se arrepintió!...

HORTEN. *(Al General con sentimiento y amargura.)*
De las joyas que él me dió
la mejor se me olvidaba.

Son flores de mi jardin,
que, como su amor, tuvieron
oriente, cuando nacieron,
y hoy como él, tendrán su fin.
(Desaparece con Beatriz por el foro.)

ESCENA XII.

El General.—Bernardo, *algo retirado.*

Gener. Por Dios, que me ha enternecido!
Y es muy honda su pasion!...
Se vé, se toca!... Su ardiente
mirada... Su parda voz
que al resonar, se conoce
que sale del corazon!...
Y su alma! Qué generosa!
Qué altiva se rebeló
cuando mi lábio imprudente,
fundándome en la opinion
general!... Muy duro estuve!
Por demas... Quién era yo
para decir?... Sociedad,
fatal preocupacion,
hé aquí tu obra!... Al pantano
del vicio echaste esa flor!
Se sacrifica por él...
Pobre Hortensia!... Y renunció
por él de un lord de Inglaterra!...
Pues no merece su amor
Arturo!... Valiente ingrato!
Me ha de oir, y mi perdon
no espere quien de sus padres
tanto tiempo se olvidó!...
Los viajes habrán cambiado
su primera condicion...
Será un muchacho del dia!...
Será un diestro tirador...
buen ginete... Hablará ruso
porque ha vivido en Moscow...
ingles porque estuvo en Lóndres...
francés porque lo aprendió

en París, y jugará
sábiamente la bouillote
y nada mas!... Y aquí dentro...
ni fé, ni piedad, ni honor!...
Yo le juro que ha de oir
de mí, lo que nunca oyó!...
Bernardo, ven.

BERNAR. Su Excelencia
mandar puede á su sabor
en casa: así me lo ha dicho
la Condesa.

GENER. Y yo le doy
las gracias por esta prueba
de alta consideracion.
Dí. ¿Conoces al Vizconde
de Villalpando?

BERNAR. Pues no!...
si viene todos los dias!...

GENER. Escucha entonces: yo soy
su padre.
(Un gran campanillazo.)

BERNAR. El Vizconde llama.

GENER. Guarda silencio, por Dios,
y no le digas que oculto
en esa cámara estoy.

ESCENA XIII.

ARTURO.—BERNARDO.—EL GENERAL, *oculto.*

ARTURO. Y la Condesa?

BERNAR. No está.

ARTURO. Algun recado dejó?

BERNAR. Ninguno.

ARTURO. Y adónde ha ido?

BERNAR. No sé.

ESCENA XIV.

ARTURO.—EL GENERAL, *oculto.*

ARTURO. A mi mal humor
faltaba su ausencia. Tiempo
perdido! Nadie razon
me ha dado de su llegada.
Mi padre!... Se equivocó
grandemente! Aunque me cueste
su cariño, en esa union
no consentiré jamás.
Hortensia mia!... Valor!
Cederá; es mi padre y pronto
se pasa una esplicacion.
(Se sienta junto al velador, ve la carta de Hortensia: la toma y se levanta.)
Qué es esto? Una carta aquí
de Hortensia!... Si la escribió
para decirme!... Eso es...
Angel mio!
(Recorre con la vista la carta: la descomposicion de su fisonomía revela la profunda agitacion de su alma.)
Maldicion
sobre ella!... Tal vez mis ojos
se han engañado!... La voz
me falta y apenas puedo...
Prudencia!... Siento un calor
que me sofoca!... Imposible!
Leeré con mas atencion
su carta... Serenidad!
(Leyendo.)
«Arturo, voy á revelarte la verdad; me pe»san las cadenas de tu amor; he sido y quiero »ser una mercancía que se compre. Hoy rompo »los alambres de mi jaula, porque no compren»do la felicidad sin la riqueza. Tú eres pobre, »muy pobre, y yo quiero ser feliz, muy feliz. »No des valor ninguno á las lágrimas que mo»jan este papel; lloro de alegría, como llora el

»preso cuando recobra su libertad. Eres jóven,
»goza del mundo; las pasiones no son de este
»siglo metalizado. El amor emponzoña la vida,
»y la sociedad en que vivimos se burla de él,
»cuando no le escarnece ó le calumnia. Olvida-
»me, porque me espera una vida sembrada de
»placeres.—Adios.—HORTENSIA.»
Hortensia!... Me causa horror!
Maldita mil veces sea!
(Viendo la caja de las pistolas y tomando una.)
Maldito mil veces yo!
En ella me he de vengar...
(Aparece el General.)
En ella, nunca!.. Señor,
(Monta la pistola, al ir á dispararla ve á su padre y se arroja en sus brazos.)
en mí solo!... Padre mio!.,.

GENER. Hijo de mi corazon!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete elegante: velador con periódicos y libros con láminas.—Salones en el fondo: puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

La Condesa.—Inés.

Ines. Galanamente prendida!
Condesa. Lisonjas tuyas, Inés.
Ines. En tí la naturaleza
y la fortuna á la vez
de sus dones agotaron
el manantial.
Condesa. Podrá ser.
Ines. Sin embargo, en tu semblante
se nota una palidez...
Condesa. De veras? Has convidado
á Hortensia?
Ines. Llegada ayer
de Italia, á tiempo llegó
de honrarme.
Condesa. *(Con indiferencia.)*
Has hecho muy bien.
Así se disiparán
ciertos rumores...
Ines. No sé.
Condesa. Se habla tanto y se calumnia
con tanta dezfachatez.
Y cómo está de salud?
Ines. De mal en peor. Quién es?
Condesa. Laurencio.

ESCENA II.

CONDESA.—INÉS.—LAURENCIO.

LAUREN. El mismo, Condesa,
siempre el mismo.
CONDESA. Sabe usted
si Arturo vendrá esta noche?
LAUREN. Me ha dicho que sí... Por qué
es la pregunta?
CONDESA. Ligera
curiosidad de mujer.
LAUREN. Le he visto esta tarde.
CONDESA. En dónde?
LAUREN. Curiosidad ó interés?
INES. De todo habrá.
CONDESA. No lo creas...
INES. Si pudo ingrato el doncel...
LAUREN. Mal aconsejado príncipe,
que teniendo en su poder
piedra de tantos quilates,
no quiso...
CONDESA. Bendito, amen!
INES. Quién sabe si arrepentido
vuelva esta noche á tus piés,
y llorosa Magdalena
parlamentaria...
CONDESA. Quién!... él!!
como Gestas morirá,
impenitente... Y á fé
de quien soy, puedo decir
que su desaire cruel...
Ha perdido mas que yo...
INES. Es cierto.
LAUREN. El pobre Garcés...
CONDESA. Y tan pobre!...
INES. Es muy galan,
CONDESA. Galanes hay mas de cien.
LAUREN. Le voilá!
CONDESA. Qu'il est gentil!
LAUREN. Il á maigri.
CONDESA. Qu'on l'engraisse.

ESCENA III.

ARTURO.—LORD SEYMOUR.—LA CONDESA.—LAURENCIO.—INÉS.

SEYM. Buen raout.
ARTURO. *(Tomando asiento junto al velador: ojeando los periódicos.)*
Reunion selecta!
SEYM. Doy á usted mi parabien...
INES. Y el último adios, milord...
SEYM. El último adios?
INES. La ley
de la diplomacia es rígida,
y no hay tiempo que perder
cuando exige...
SEYM. La mision
estraordinaria ya sé...
INES. Mañana á Madrid dejamos...
ausencia de cuatro ó seis
meses...
CONDESA. Y te ha de gustar
muchísimo el pueblo inglés.
LAUREN. Sin embargo... las costumbres...
aquella niebla... el tropel
de coches... y los ministros
que son, como no se ven
por España...
INES. Mi marido
ya sabe lo que ha de hacer.
LAUREN. La severidad inglesa...
INES. Dejemos para despues...
Qué mal hay en este mundo
que compensado no esté?
CONDESA. Es verdad.
INES. Hasta los hombres
que abandonan el poder
encuentran en la opinion...
SEYM. No siempre, que alguna vez...
INES. El pueblo español es franco
y generoso.

LAUREN. Pardiez!
y olvidadizo y simplon!...
SEYM. Qué es eso, Laurencio? Usted
ha entrado de la política
en la revuelta Babel?
LAUREN. A pesar de don Ramon
Cascante de Mora, á quien
he mandado al hospital
por dos semanas ó tres.
CONDESA. Y el Marqués de la Florida?
INES. Tambien ha llegado ayer
de Italia.
CONDESA. Le has convidado?
INES. Y no faltará el Marqués.
CONDESA. Vendrá con aquella placa
de brillantes?
INES. Ya se vé...
CONDESA. Necesidad no tenias
de luz; bastaba con él.

ESCENA IV.

HORTENSIA.—LAURENCIO.—LORD SEYMOUR.—LA CONDESA.—ARTURO.—INÉS.—EL MARQUÉS DE LA FLORIDA.—*Hortensia no trae mas adorno que una corona de rosas y pensamientos, y una cruz de oro en el pecho, pendiente de una cinta negra.*

INES.
CONDESA. } Hortensia!
LAUREN.
HORTEN. *(Procurando dominar la impresion que le ha causado la vista de Arturo.)*
Inés, el contento
de verte, mi voz embarga!...
Despues de ausencia tan larga!
Seis meses en movimiento
contínuo!... El color es sano,
cariñosa la mirada...
Ay, Inés! Cuánto me agrada
besar y estrechar tu mano!
Y Elena!... Qué exactitud

en el prendido y los lazos...
Que no haga el dolor pedazos
la flor de esa juventud!
Siempre viuda! Es el estado
perfecto de la mujer!...
(Asegurándole una joya que lleva al pecho.)
Va usted, Elena, á perder
sus pensamientos... Cuidado!
Laurencio! Seymour querido!
(Les dá la mano.)
(Aparte.)
El allí! Ni una mirada!
(Tose.)

INES. Esa tos!

HORTEN. No vale nada...
No te asuste... He recorrido
con ella, Inés, la llanura
que riega y fecunda el Pó,
y en sus sombras me envolvió
de Lóndres la niebla oscura.
Roma, París y Milan!...
El viajar es mi alegría...
por viajar, con gusto iria...

MARQ. A dónde, Hortensia?

HORTEN. A Tetuan.
La variedad de caminos,
de cielo, los horizontes
diversos, los rudos montes
cuajados de recios pinos...
los sembrados, los jarales,
el sol que los campos dora,
despues la noche y la aurora...
el votar de los zagales,
(Arturo se levanta y la dirige una mirada de desprecio: agitacion.)
el polvo que suele hervir,
el agua, la agitacion...
(Aparte.)
Llévame, Inés, al salon
(Medio desfallecida y apoyándose en el brazo de Inés.)
porque me voy á morir!

INES. Hortensia!... Quiero que veas,

pues ya te aguarda impaciente,
á mi esposo.

CONDESA. Qué accidente
tan raro!

INES. Justo es que seas
por bella y recien venida...
Vamos, apóyate en mí...
señores...

ARTURO. *(Vuelve á sentarse.)*
Oh! nunca vi
á Hortensia tan conmovida.
(Se sienta junto al velador y coge los periódicos.)

LAUREN. Qué desmejorada viene!

CONDESA. Hortensia sin sus brillantes!

SEYM. De su vida los instantes
acaso contados tiene!

ESCENA V.

ARTURO.—LA CONDESA.—EL MARQUÉS DE LA FLORIDA.—LORD SEYMOUR.—LAURENCIO.

CONDESA. Y usted, Marqués, nada cuenta?

MARQ. Ay de mí!

CONDESA. Suspiro, y bueno!

MARQ. Condesa, como que peno,
y una desgracia violenta!...

SEYM. Hubo desfalco en la caja?
los fondos están bajando!

LAUREN. Ha muerto el tronco normando?...

CONDESA. *(Aparte.)*
Habrá en el mercado paja?

MARQ. Otra desgracia mayor!

CONDESA. Cuál es? Qué cara tan triste!

MARQ. Ay, amigos! Aquí existe,
atormentándome, amor!
(La Condesa se rie.)
Se burla usted?

CONDESA. Qué locura!
No, señor, le compadezco
á usted.

MARQ. Compasion merezco.

CONDESA. Refiera usted aventura
tan peregrina.
MARQ. Allá voy;
pero es el asunto grave
y el sigilo...
CONDESA. Ya se sabe!...
discreta y callada soy.
MARQ. Hortensia...
CONDESA. Hortensia!
(Se dirige al velador y examina las láminas de los libros. Arturo le dirige una mirada indiferente y vuelve á su lectura.)
MARQ. En Bayona
la encontré como llovida,
y al punto el de la Florida
la consagró su persona.
La hablé de amor y me oyó;
y al ver que ocasion me daba,
la pregunté si me amaba...
LAUREN. Y ella le dijo...
MARQ. Que no.
Insistí, doblé mi esmero,
y aventurándome á todo,
me las compuse de modo
que la brindé mi dinero.,.
SEYM. Y aceptó?
MARQ. Pobre de mí!
No, señor... respondió fiera...
—«Marqués, aunque usted me diera
las minas del Potosí.»—
Entonces, ya medio loco
de amor, corté por lo sano...
Milord, la ofrecí mi mano...
LAUREN. Y dijo que sí...
MARQ. Tampoco.
Desde ese funesto dia,
por satisfecho me doy
cuando me lo manda, y voy
haciéndola compañia.
LAUREN. Pobre Marqués!
SEYM. Si el dinero
lo alcanza todo!
MARQ. No tal.

Y no tiene cura el mal!...
SEYM. El tiempo es gran curandero.
MARQ. Milord, si no puede ser!
LAUREN. El juego es la medicina
mejor; juegue usted.
(Aparecen Hortensia é Inés; al verlos se retiran.)
MARQ. *(Viendo á Hortensia.)*
Divina,
SEYM. Vale mucho esa mujer!

ESCENA VI.

LA CONDESA.—ARTURO, *que se levanta sin hacer caso de ella.*

CONDESA. Huye usted de mí, Vizconde?
ARTURO. A tal aserto no he dado...
CONDESA. Unicamente el culpado
evita al juez y se esconde.
ARTURO. Culpa en mí? No sé de qué.
CONDESA. Aplomo tanto, me pasma!
ARTURO. Muchas veces un fantasma
de culpa...
CONDESA. Ni aun eso fué!
ARTURO. Si yo me negué al deseo
de un padre, si inobediente
le ofendí, poco prudente,
negándome á ese himeneo
que usted proyectaba...
CONDESA. Arturo,
tambien el sol se oscurece
por las nubes y aparece
despues mas radiante y puro.
Que no guardo del desaire
ni la memoria presumo.
Se lo he dicho á usted: el humo
sombra es que disipa el aire.
Toda la culpa fué mia:
brindáronme con la mano
de un caballero cristiano,
muy noble por la hidalguía
de su cuna, y yo acepté...

Si él luego se arrepintió
y al compromiso faltó,
culpa suya acaso fué?
Nada de eso, mia sola...
Y en buen lugar quedaron,
las canas que me rogaron,
y la grandeza española!

ARTURO. Si usted se digna y me escucha...

CONDESA. No: de ninguna manera;
tremole usted su bandera
ya vencedora en la lucha.
Alfombra de Hortensia, al cabo
será, si ya no lo es;
tenderla debe á sus pies
y de rodillas su esclavo..,

ARTURO. Condesa, usted me provoca
y en tal palenque no quiero
entrar; el que es caballero
candados pone á la boca,
cuando...

CONDESA. Y Seymour? Qué ha pasado
entre él y Hortensia, que ahora
no la acompaña?...

ARTURO. Señora,
por Jesus crucificado!...

CONDESA. El viaje fué repentino.
Es cosa particular!
Para una enferma el viajar
tanto y tanto, es desatino.
Y ha vuelto desmejorada!
Pobre Hortensia! Quien la vea!...
Quiera Dios que esta no sea
su postrimera jornada!
Qué penosa enfermedad!
su belleza en un instante!...
Una mujer tan constante!...

ARTURO. Sin duda...

CONDESA. Qué? no es verdad?
Sabe usted de algun desliz?
De la Florida el Marqués?...
De Hortensia, acaso los piés
resbalan sobre el tapiz?

ARTURO. Se toma usted un derecho,

Elena, hablándome así,
que yo, por mi bien, no dí
á nadie, sobre mi pecho:
olvide usted, si al perdon
se niega la voluntad,
que es virtud la caridad
y ejercitarla razon.
Deje usted que Hortensia viva
como á sus gustos convenga;
deje usted que vaya ó venga...
Qué importa?

CONESA. ¡Caritativa
amonestacion! Prometo
seguirla...

ARTURO. Cualquiera dama...

CONDESA. Merece lo que se llama
consideracion, respeto...

ARTURO. Así es.

CONDESA. Qué buen señor!
Cómo el abuso remedia!
Ha visto usted la comedia
del Diablo predicador?

ARTURO. No sé lo que significa...

CONDESA. Olvidadizo doncel!...
El diablo, no para él,
para los otros predica...
Y, Vizconde, en conclusion
y roto á mi enojo el dique...
que se pique, ó no se pique,
lléveme usted al salon.

ARTURO. Con sumo gusto.

CONDESA. Eso es llano...
y se conoce á la legua...

ARTURO. Paz, Condesa, ó solo tregua?

CONDESA. Vamos al salon, hermano.

ESCENA VII.

INÉS.—HORTENSIA.

INES. Tranquilizate.

HORTEN. Ya sabes

la causa de mi zozobra.
Le he visto!

INES. Y qué?

HORTEN. Su mirada
mas que altiva, desdeñosa,
me anuncia la tempestad
que se agita y ruge sorda
adentro, en su corazon!!
Creí que mi ausencia! Loca
de mí! Con mas energía
su amor en mi pecho ahora!...
Han ido á buscar mi coche?

INES. Y quieres marcharte sola?
Eso no; cede á mis ruegos...
yo iré contigo.

HORTEN. A esta hora
abandonar tus salones?

INES. Deja que el cariño ponga,
cuanto de su parte esté,
para aliviar tus congojas.

ESCENA VIII.

HORTENSIA.

Arturo! Me ha despreciado!
Razon tiene! Y qué me importa
la humillacion ya sufrida?
Ha sido justa. Mi historia
escrita en el fango está!...
Pero este llanto que lloran
mis ojos, no ha de poder
purificar mi memoria?
Yo cumplo mi juramento.
Ni él, ni nadie! La limosna!
La oracion! Ver cómo viene
sobre mí, la imágen torva
y escuálida y repugnante
de la miseria, y gozosa
del Marqués de la Florida
desechar el áurea pompa!...
Y nada! El recuerdo siempre

de ese ayer, fúnebre sombra
que el grito de mi conciencia
en todas partes evoca!
Ayer! Ayer! Lo que fuí!
Lo que soy!... Viví dichosa,
considerada, querida,
cuando del vicio en las hondas
cavernas!... Hablóme Arturo
de amor, me alumbró esa antorcha
de nueva luz para mí...
á lo lejos ví la gloria
de la virtud, sus encantos,
su magnífica aureola...
Redencion por el amor,
grité yo misma orgullosa,
y de pronto aquel anciano...
Quién es? Ay! Ay! Ay!

ESCENA IX.

HORTENSIA.—ARTURO.

ARTURO. Señora...
HORTEN. Es él! Hortensia, valor
y el último golpe arrostra!
ARTURO. Hortensia, por qué los ojos
no alzas del suelo?
HORTEN. Esta atmósfera...
ARTURO. Hortensia, no te sonrojes
en mi presencia. De rosas
y de humildes pensamientos
pobre guirnalda te adorna...
has hecho bien: en lo antiguo
las víctimas candorosas
iban así coronadas
al ara propiciatoria.
HORTEN. Vizconde!
ARTURO. Hortensia, silencio,
y escucha. Es bueno que oigas
la verdad alguna vez.
Por tí, de Berlin y Roma
ví las ciudades. Aquí

amor te juró mi boca
y tú me juraste amor;
y recuerdo que á mi sola
indicacion arrancaste
las flores que entre las ondas
brillaban de tus cabellos...
(Hortensia se quita maquinalmente la corona de flores y la tira al suelo.)
Haces bien: esas coronas
sobre una cabeza impura
se manchan y se deshojan.

HORTEN. Qué mas?

ARTURO. Vivimos despues
amándonos y sin sombra
de pesar, sin que la duda
que de almas vulgares brota,
se atreviera á derramar
entre los dos su ponzoña.
Vivimos, y yo te amé
con tal respeto y tan honda
pasion, que no quise nunca
alzar las sombrías tocas,
que la verdad me encubrian
de tu vida misteriosa.
Por qué razon de tus ricos
aderezos te despojas?
Por qué sobre el pecho llevas,
sarcasmo, impiedad ó mofa,
esa cruz que yo te dí,
prenda de amor que baldonas?

HORTEN. Qué mas!

ARTURO. Hortensia, nacida
en la veneciana costa...
y esclava á quien libertino
un príncipe ruso compra...
Hortensia al amor perjura
de lord Seymour y traidora...
Hortensia, qué es de mi vida?..

HORTEN. Vizconde, tranquila voga
del mundo en la mar revuelta,
vengativa, poderosa,
con unos ojos que hieren,
con una lengua que azota,

ARTURO. Y qué es de mi voluntad?
HORTEN. Su antiguo temple recobra
y en insultar á una pobre
mujer enferma se goza.
ARTURO. Hortensia, qué es de tu amor?
te ruego que me respondas.
Qué es de tu amor?
HORTEN. Lo he jurado.
ARTURO. (*Llevándola violentamente de un brazo al centro del escenario.*)
Respóndame usted, señora.
HORTEN. Del sepulcro de mi madre
lo guarda la santa losa.
ARTURO. Mentira. ¿Quién fué tu madre?
HORTEN. No sé, Vizconde, y es poca
nobleza el echarme en cara
desgracia tan dolorosa.
ARTURO. Escucha; el desprecio ofende,
pero el desprecio no borra
las impresiones de amor...
el mio, Hortensia, rebosa
sobre los insultos que
mi lengua á tu rostro arroja.
Si eres un ser degradado,
huyamos á donde escondas
tu vergüenza, á donde yo
tu aliento al morir recoja...
HORTEN. Nunca.
ARTURO. Por qué?
HORTEN. Lo he jurado.
ARTURO. A quién?
HORTEN. No lo sé.
ARTURO. Me ahoga
la ira, mi sangre hierve!...
mi cabeza se trastorna!...
Hortensia, huyamos de aquí...
Los dos...
HORTEN. Jamás.
ARTURO. Oh! No es otra
la causa, no puede ser!
Un nuevo galan te agovia
con sus mercedes; acaso
de ricos brillantes borda

la senda por que hoy caminas...

HORTEN. Quién sabe?

ARTURO. Galan de nota
por sus riquezas?...

HORTEN. Sí, sí...

ARTURO. Díme, Hortensia que le adoras
y á verte no volveré...

HORTEN. *(Haciendo un último esfuerzo.)*
Lo quiero con mi alma toda!

ARTURO. Hortensia, el torrente al cabo
de mis celos se desborda!...
Oh! Ni olvido, ni perdon!
Caballeros y señoras...
(Tocando las campanillas con fuerza.)
Vengan aquí... Yo los llamo
para que al fin te conozcan.
(Aparecen lord Seymour, Inés, con sombrero y schal: Laurencio, la Condesa, el Marqués de la Florida, damas y caballeros.)

LAUREN. Qué es esto?

INES. Qué ha sucedido,
Hortensia?

HORTEN. *(Aparte. Apoyándose en el respaldo de una silla.)* Inés, si me tocas
me vas á dejar caer;
y quiero ya gote á gota
apurar hasta las heces
de mis desgracias la copa.

ESCENA X.

HORTENSIA.—ARTURO.—INÉS.—LA CONDESA.—EL MARQUÉS DE LA FLORIDA.—LORD SEYMOUR.—LAURENCIO.—*Señoras y caballeros.*

ARTURO. Hay una mujer aquí
de tan peregrina historia,
que es digna de que se cuente
y digna de que se oiga.
(Huimos, Hortensia?)

HORTEN. *(Procurando apoyada en la silla sostenerse de pié.)* (No.)

ARTURO. Esta mujer, que es hermosa,
de Lóndres vino á Madrid,
despues que en Berlin y en Roma
lució entre lutos de viuda,
de Condesa la corona:
y aquí tambien imprudente
la sociedad española,
viendo sus trenes riquísimos
y el tesoro de sus joyas,
sin indagar el orígen
de su riqueza y su pompa...
(Huimos, Hortensia?)

HORTEN. (No.)

ARTURO. Esta mujer que se adorna
con apariencias, que miente
su condicion vergonzosa;
esta mujer que se burla
y juega con quien se postra
enamorado á sus pies;
esta mujer que se agosta
porque se alquila, ó se vende
segun mejor le acomoda...
Esta mujer aquí está...
entre nosotros... se nombra...

TODOS. (*Viéndola caer en tierra sin conocimiento.*)
Hortensia...
(*Inés, Laurencio y algunas señoras procuran levantar á Hortensia: la Condesa habla con indiferencia á dos ó tres caballeros que la rodean.*)

SEYM. (*Al Marqués que se separa de Hortensia.*)
Señor Marqués,
la nobleza no se compra.

MARQ. Milord!

SEYM. Es usté un villano
que no la defiende ahora,
cuando con ella ha venido;
y usted, Vizconde, se porta
como un cobarde...

ARTURO. (*Frenético.*) Milord!

MILORD. Silencio! espada ó pistola.

ARTURO. Serás mi padrino?

LAUREN. Nunca.
Si tu amistad me abochorna!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Gabinete redondo.—Puertas laterales: en el fondo la alcoba de Hortensia.—Aparece esta dormida sobre la cama, vestida de blanco.—Reclinatorio y una Virgen.—Muchas almohadas en el sofá.

ESCENA PRIMERA.

HORTENSIA.—BEATRIZ.

BEATRIZ. Las doce!... Aderezaremos
el gabinete, no sea
que se levante y me riña...
y si me riñe? Paciencia!
(Abre las cortinas y se vé á Hortensia vestida de blanco, dormida sobre su lecho de damasco encarnado.)
Es un cadáver!... sus ojos
hundidos!... Mi pobre Hortensia!
Tan hermosa en otro tiempo!
(Vuelve á echar las cortinas.)
Me acuerdo, como si fuera
cosa de ayer... La ambicion!
La corona de Condesa
la ofuscó... Lo que es el mundo!
(Limpiando y hablando.)
Vea usted!... Qué diferencia!
Cuando gastaba en festejos

y en músicas sus riquezas,
llovian sobre esta casa
las gentes. Todo era gresca,
y algazara, y embolismos,
y adulaciones y muestras
de cariño! Mas hoy, sí!
La pobreza!... La pobreza
dá un terror! Nadie en sus males
ha venido á socorrerla.
Solo el señor don Laurencio...
Un jugador, un tronera
si los hay... eso es verdad!...
pero amigo á toda prueba...
(*Suena la campanilla.*)
Ya le tenemos en casa:
saldré hasta la misma puerta...

ESCENA II.

HORTENSIA.—BEATRIZ.—LAURENCIO.

LAUREN. Beatricilla, buenos dias...
BEATRIZ. Muy buenos usted los tenga.
LAUREN. Y Hortensia?
BEATRIZ. Durmiendo.
LAUREN. Vino
el doctor?
BEATRIZ. Y dió receta.
LAUREN. Qué dijo?
BEATRIZ. Que no hay remedio,
señorito, para ella;
que solo un milagro!...
LAUREN. La
medicina es mucha ciencia!
No llores.
BEATRIZ. La quiero tanto!
LAUREN. Para llorar tiempo queda.
Toma dinero.
BEATRIZ. Si tiene...
Ayer me dió usted cuarenta
doblones en oro y plata...
los conté... Por cierto que ella

la mitad en un momento
repartió!

LAUREN. De qué manera?

BEATRIZ. Limosnas!

LAUREN. Sabe que yo?...

BEATRIZ. No, señor, yo soy discreta...
La he dicho que este dinero
es producto de la venta
de su casita de Cómo.
Si usted hablarla desea?...

LAUREN. *(Sacando del bolsillo una caja con un brazalete.)*
Hoy cumple...

BEATRIZ. Veintiocho años...
dia de Santa Teresa...
Qué alhaja tan primorosa!

LAUREN. Se la darás como prenda
de mi memoria y cariño...

BEATRIZ. Rico brazalete! Venga.

LAUREN. Y quiero que se lo ponga.

BEATRIZ. Corriente.

LAUREN. *(Sacando el reloj.)*
Las doce y media.

BEATRIZ. Se vá usted?

LAUREN. Volveré luego...
(Aparte.)
Diez onzas... doblo la puesta.,,
tres golpes mas y recojo...
justitas... ciento sesenta.
(Levantando la cortina.)
Adios, Beatriz. Pobrecita!
La quiero mucho... Y es fuerza
cuidarla!... Tan desgraciada!
(Dejando caer la cortina.)
No, señor; mientras yo pueda;
y juegue, y en la partida
me alumbre mi buena estrella!...
Adios, Beatriz...

BEATRIZ. *(Dándoselo.)*
El sombrero.

LAUREN. Es verdad.

BEATRIZ. Qué calavera!

ESCENA III.

HORTENSIA.—BEATRIZ.

BEATRIZ. Hola! Qué tal se ha dormido?
HORTEN. Un poco.
BEATRIZ. El sueño consuela.
Tome usted mi brazo.
HORTEN. No.
Quince de octubre! Venecia!
Mi patria! Yo te saludo...
quizás por la vez postrera!
Hoy cumplo veintiocho años!
BEATRIZ. Veintiocho.
HORTEN. *(Sonriéndose con amargura.)*
Cómo dá vueltas
el mundo! En mejores dias
flores y ricas preseas,
y amigos, y cumplimientos...
Hoy... nada!... ni una targeta!...
BEATRIZ. Yo sé de un galan, señora,
que no ha olvidado la fecha.
HORTEN. Laurencio?
BEATRIZ. El mismo: me ha dado
para usted esta pulsera.
HORTEN. Preciosa!
BEATRIZ. Un lazo muy lindo
de esmeraldas y de perlas...
HORTEN. Me quiere como á una hermana!
déjala sobre la mesa...
BEATRIZ. No, señora; me encargó...
(Poniéndola la pulsera.)
HORTEN. Bien, Beatriz; lo que tú quieras.
(Aparte.)
Qué hará á estas horas? Aquí!
siempre aquí!... Y él no se acuerda
de mí, cuando yo me acerco,
pensando en él á mi huesa?
Qué hará á estas horas? Sin duda
mi aniversario le aterra,
y en el bullicio del mundo

olvida lo que me cuesta
su amor! Mi vida! Hace bien.
Déjame sola.
(Llaman dentro.)

BEATRIZ. Ya empiezan
los llantos...

HORTEN. Mira quién es...
Si es algun pobre, remedia,
Beatriz, sus padecimientos.
La limosna es la primera
virtud de la humanidad!
el cielo su recompensa!

ESCENA IV.

HORTENSIA.—INÉS.—BEATRIZ.

INES. Hortensia!...

HORTEN. Inés!...
(Se abrazan.)

INES. En qué estado!

HORTEN. Dios mio, bendito seas!
Desde aquella noche...

INES. Bien;
á un lado memorias deja...
tu hermana soy, no tu amiga...

HORTEN. Inés, junto á mí te sienta.

ESCENA V.

HORTENSIA.—INÉS.

INES. Hortensia!

HORTEN. Lloras, Inés?

INES. Ayer de Francia he llegado
y al instante he procurado...
Cómo sigues?

HORTEN. Ya me ves!

INES. Por qué la cama has dejado?

HORTEN. Me canso, me aburro allí!

INES. Qué larga la ausencia ha sido!

HORTEN. A lo menos para mí!
INES. Por qué cuando te escribí?...
HORTEN. La carta no he recibido;
y loca me figuré
que tú me despreciarias
como los otros!...
INES. Por qué
de tal manera ofendias
mi amistad?
HORTEN. Perdóname.
INES. Todos?..
HORTEN. Inés, todos no:
uno solo me amparó
en aquel trance tan fiero...
Lord Seymour! Qué caballero!
por defenderme murió!
INES. Infeliz!
HORTEN. Enferma y pobre...
casi abierto mi atahud...
la tierna solicitud
de Laurencio!... Que recobre
quiera el cielo la salud,
para consagrarla entera!...
INES. Laurencio!...
HORTEN. Es mas que un hermano
para mí!
INES. Quién lo creyera!
HORTEN. No aparta nunca su mano,
Inés, de mi cabecera!
Su cariño fraternal
me acorre en tan grave mal
y mis dolencias mitiga...
Por él tu infeliz amiga
no ha muerto en un hospital.
INES. Hortensia! Y el corazon?
HORTEN. Tranquilo: el remordimiento
maté con la religion...
fué sin duda aquel momento
la última expiacion!
Desde esa noche tremenda
mas á mi gusto me encuentro...
Aquel dolor fué la ofrenda
que dí al Señor, como prenda

de la quietud de aquí dentro.
Ya esqueleto, como soy,
qué diferente es el mundo,
Inés, á mis ojos hoy!
Allí, mi esperanza fundo!
Huyendo del fango voy!

INES. Loca estás!... Qué desatino!
La vida es don de los cielos...
y al cabo de tu camino,
quizás te guarda consuelos
impenetrable el destino.
Qué empeño en acariciar
tan rudos presentimientos!
La vida se ha de cuidar...

HORTEN. Me he cansado de luchar
contra el furor de los vientos!
La vida! Sueño perdido!
Misterio que no resuelve
la razon! Fuego salido
de una sombra en que ha vivido,
y que á esa sombra se vuelve.
Ese fuego que sentí
ardiente y devorador
en otro tiempo... ay de mí!
ya va apagándose aquí!

INES. Y si de nuevo el amor?...

HORTEN. El amor? Locura hermosa!
Locura, Inés!... Y no es cosa
de alzar, en mi último dia,
de la pobre madre mia,
que allí lo encierra, la losa!

INES. De Arturo has sabido?

HORTEN. No.

INES. No vive en la córte?

HORTEN. Sí.

INES. Le has visto acaso?

HORTEN. Le ví.

INES. Y él, Hortensia?

HORTEN. No me vió.

INES. Pues dónde le has visto?
(*Poniendo la mano sobre el corazon.*)

HORTEN. Aquí!

INES. Enjuga ese ardiente lloro

que tus párpados abrasa...
No merece tal tesoro
quien tan cobarde en mi casa...

HORTEN. Inés! Inés! Yo le adoro;
pero ese amor imprudente
es fuerza que tenga un fin...

INES. Por qué, si tu pecho siente?...

HORTEN. Porque él ha escrito en mi frente
la sentencia de Cain:
y no es bien que á mi pesar
vuelva en público á agitar
sus alas de oro y zafir!...
Por esto quiero morir,
porque le quiero matar!
Mi afan te causa estrañeza?
Yo sé, que cuando se amanse
de mis males la aspereza,
y en el sepulcro descanse
mi escarnecida cabeza,
ninguno me llorará
sobre esa lápida fria
que el vivo á los muertos da;
que nadie preguntará,
de tantas, cuál es la mia:
pero sé que un hoyo estrecho
que al cadáver tenga oculto
conquista el santo derecho,
de que el hombre en su despecho
sobre él no arroje el insulto:
y gracias por su bondad
al cielo daré... Soñando,
si allí, por casualidad,
derrama de vez en cuando
lágrimas la tempestad!

ESCENA VI.

HORTENSIA.—INÉS.—LAURENCIO.

(Campanillazos dentro.)

INES. Qué alboroto!

HORTEN. Quién será?

INES. *(Asomándose á la puerta del gabinete.)*
Quién ha de ser el que llama
sino Laurencio?

LAUREN. *(Entrando.)* Yo soy;
el mismo que viste y calza....
una noticia... famosa!
de Gaceta estraordinaria
en tiempo de guerra!...

INES. Qué?

LAUREN. La casualidad mas rara
que un dia nos proporciona
de júbilo y bienandanza.
Arturo en Madrid está.

INES. Y es eso todo?

LAUREN. Ya escampa!...
Hortensia, valor! No es cosa
de llorar siempre!... Levanta
la frente.,. Se va aclarando
el horizonte...

INES. No acaba
usted?... Sabremos por fin?...

LAUREN. La alegría! No me estraña!
Si era preciso! El amor
del corazon no se arranca!...
Arturo me ha preguntado
por tí... Me ha dicho... Galana
por mi vida te he de ver
subir del altar las gradas
y dar envidia!...

HORTEN. Laurencio!

LAUREN. Hortensia, toma esta carta.

INES. Cuidado! Serenidad!
Tambien la ventura mata!

HORTEN. *(Leyendo)* «Hortensia, perdóname: la desgracia »y el arrepentimiento te han purificado. Mi pa»dre al fin me lo ha revelado todo. Eres un an»gel! Trocarás pronto la corona de los mártires »por el velo de la desposada. Mi padre quiere »llamarte , su hija, de su corazon. Yo quiero »verte, quiero abrazar tus rodillas, quiero besar »tus piés.—ARTURO.»
(Cae arrodillada en tierra: al levantarse se desmaya y la sostienen Laurencio é Inés.)

Mi perdon! Dios de los cielos
misericordioso, gracias!

LAUREN. Hermana mia! Qué diablos!
Estas mujeres por nada
se afectan!

INES. Si usted tambien,
sin precaucion... Cuando es tanta
su debilidad!

LAUREN. Hortensia!

INES. Ya vuelve en sí.

HORTEN. Yo soñaba!
Por qué me robais mi sueño?

LAUREN. No es sueño, no. Ya se escapa
tu mala estrella, con mil
demonios que la acompañan.
Hortensia, victoria!... Bravo!
mi brazalete!... Te agrada?
Le has de llevar en tus bodas,
le has de besar en el ara;
solo he de verle en tu brazo,
como solo en tu desgracia
el sentimiento brilló
de mi amistad sacrosanta.
Inés, vámonos de aqui;
compremos vistosas galas
para la novia, y de flores
innumerables guirnaldas,
conviertan en un hermoso
templo de amores su estancia...

HORTEN. Laurencio!

LAUREN. No te obedezco.
Cuando se acabe se acaba...
Lo que es hoy!... Ciento sesenta...
Aqui están... El Monte paga.

ESCENA VII.

HORTENSIA.

Adios. Venturoso dia!
La vida es el bien primero!...
Es mio! Dios me le envia

y yo con el alma mia
purificada, le espero.
Vendrá! Vendrá! Tarda mucho!
Qué hará? Por qué se detiene?
(*Asomándose al balcon.*)
Desde este balcon... No viene!
(*Acercándose á la puerta.*)
Se me figura que escucho!...
La dicha sus penas tiene!
Cuánto dolor se me quita
del alma! Cuán grave peso
del corazon, que palpita
mas libremente al esceso
de mi ventura infinita!
Amor! Sentimiento santo
cuyo origen sube á Dios!
misterio que causa espanto
porque su poder es tanto
que funde en un alma, dos!...
(*Mirándose al espejo.*)
No soy la misma de ayer!
(*Se retira.*)
Y esto en la flor de mis años!
Paciencia! Cómo ha de ser!
Miserias y desengaños!
(*Llora.*)
Si no me va á conocer!
(*Se acerca de nuevo. Arturo á la puerta.*)

ESCENA VIII.

HORTENSIA.—ARTURO.—*Hortensia corre hácia donde está Arturo inmòvil, y se precipita en sus brazos. Los dos bajan abrazados hasta el centro del escenario: momentos de silencio, interrumpido por los sollozos de Hortensia.*

ARTURO. Hortensia!
HORTEN. Ayer me decias...
ARTURO. No me perdones: no puedo
levantar en tu presencia
los ojos, mónstruo soberbio

que en la fiebre de mi amor
un porvenir tan risueño
devoré?

HORTEN. Ayer me decias...

ARTURO. Bendito sea Laurencio!
Por él á tu lado estoy!
Por él, Hortensia, recuerdo
entre nuevas esperanzas
las venturas de otros tiempos!
Oh, cuánta felicidad
se encierra en solo un momento!
Ni el desórden de la vida,
ni los festines, ni el juego!...
Ay! Nada!... Tu imágen siempre!
Sin duda el remordimiento
con ella me castigaba!...
Triste, loco, amante y ciego
de llorar, porque mis ojos
tambien lloraron mi duelo,
de un padre anciano arranqué
por fin el consentimiento...
El te llama... Eres su hija!
Mi madre tambien, abiertos
á tu cariño sus brazos,
te aguarda... No retardemos...
Pobre mártir, calma ya
la agitacion de tu pecho!...
Víctima propiciatoria
de amor, abandona el templo!
Perdon, perdon!

HORTEN. Y de qué?
Yo ví á mis plantas á un viejo
que llorando me pedia
tu dicha, y cedí á su ruego.

ARTURO. Hortensia!

HORTEN. Qué me importaba
sacrificio tan violento,
si con él tú eras dichoso!
Mas no con tales recuerdos
mi felicidad presente,
Arturo querido, ahoguemos.
Qué miras? Los hondos surcos
que en mis megillas ha hecho

el dolor? Y qué te importa?
Soy jóven aun y el cielo
devolverá á mi hermosura
su raro esplendor primero.

ARTURO. El cielo y mi amor que nunca
cesó de agitar...

HORTEN. Te creo?

ARTURO. Mi religion es amarte!

HORTEN. Cuán dulcemente los ecos
de tu voz!... Háblame, Arturo:
ella devuelve á mi cuerpo
la salud, vivificándole
con el soplo de tu aliento.
Yo muchas veces lo he dicho.—
Solo tú! Sin él yo muero...
«Que no me abandone y vuelva;
que vuelva...» Y al fin has vuelto!
Y la estrella de mi vida
que ya brillaba á lo lejos
con tibia luz, aparece
deslumbradora de nuevo!
Oh!... Qué estrella tan hermosa!
Que no se aleje! yo quiero
contemplarla y bendecirla!
Que retroceda en su empeño!
Que vuelva, que vuelva atrás!...
Los dos lo agradeceremos.

ARTURO. Qué sientes, Hortensia mia?
Estás muy pálida!

HORTEN. Siento
aquí... la felicidad!...
me oprime al fin con su peso!...
Ay!... es tanta, que en el alma
guardarla toda no es bueno.
(*Se sienta y deja caer la cabeza sobre el pecho.*)

ARTURO. Hortensia?

HORTEN. No te alborotes;
desecha, Arturo, ese miedo...
No es nada... ya me sonrio...
Soy tan feliz que padezco
con tanto bien!... Dame el brazo.
(*Se levanta.*)

ARTURO. Tú tiemblas!...

HORTEN. Esperimento
una emocion tan estraña...
(*Quiere andar y no puede.*)
ARTURO. Buen Dios!
HORTEN. Arturo...
ARTURO. Un esfuerzo...
HORTEN. (*Cayendo sobre el sofá.*)
Ay! Imposible!...
ARTURO. Beatriz!...
(*Aparece Beatriz y se marcha en seguida.*)
Corre, Beatriz; y al momento
que venga un doctor...
HORTEN. Sí, dile,
Beatriz, que mi Arturo ha vuelto
y quiero vivir ahora!
De amor he vivido, y muero
de amor!... Justicia de Dios!
ARTURO. Escarnio vil que el infierno!...
HORTEN. Acércate mas á mí...
Tu mano... Me dá un consuelo
tan grande!...
ARTURO. No despedaces
con tristes presentimientos
mi corazon... No te mueras,
Hortensia!...
HORTEN. Si yo no quiero
morirme!... Valor!... Arturo...
(*Sacando del pecho un medallon.*)
Mi retrato... y aquí dentro...
te acuerdas? tú le cortastes...
el ramo de pensamientos...
consérvale mientras vivas...
(*Abre el medallon.*)
Qué hermosa he sido! No es cierto?
Si otra mujer mi lugar
ocupa, como deseo,
y de esta memoria mia
se indigna y tuviere celos...
dásela al punto... Se sufre,
Arturo, tanto con ellos!
Esta cruz!... en mi sepulcro...
(*La cruz de oro que lleva al cuello pendiente de una cinta negra.*)

conmigo... Me estoy muriendo
y soy feliz!... El amor!...
la amistad! Inés!... Laurencio!...
Dónde están? Por qué se han ido?
No tan pronto!... Quiero verlos!...
Grabar en aquellas manos
caritativas un beso!
Recibelo tú... En mi nombre!...
(*Besando las manos de Arturo.*)
Se me figura... Qué es esto?
(*Se levanta.*)
La vida!... la vida, Arturo!...
Tranquilamente mi pecho
respira... tu mano... aquí
(*La coloca sobre el corazon.*)
la otra tambien... Me encuentro
tan débil!... Angel de amor!
Tú debes velar mi sueño!
(*Queda como dormida, estrechando las dos manos de Arturo.*

ARTURO. Se ha dormido!...
(*Va á colocarla en el sofá y cae la cabeza sobre la espalda. Corriendo por la escena y dando gritos.*)
Muerta! Muerta!

ESCENA ULTIMA.

INÉS.—ARTURO.—LAURENCIO.—BEATRIZ.—*Inés y Laurencio con ramos y canastillos de flores.*

LAUREN. }
INES. } Hortensia!
ARTURO. Ya está en el cielo!
(*Arturo besa las manos de Inés y de Laurencio, y los tres forman un grupo al rededor del cadáver: Inés y Laurencio lo cubren de flores.—Beatriz cae arrodillada delante de la Virgen y reza.*)

FIN DEL DRAMA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Examinada por el Sr. Censor de turno y de conformidad con su dictámen, puede representarse.

Madrid 24 de Noviembre de 1853.

Benavides.

EN DOS ACTOS.

Un Ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los Pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Princ. de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su mujer.
La Ley Sálica.
Un Casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
Un Divorcio!
La Hija del misterio.
Las Cucas.
Jerónimo el albañil.
Maria y Felipe.

EN UN ACTO.

Sentenciado á muerte.
se hizo la miel...
s Preciosos ridículos.
que al negro del sermon.
Union carlo-polaca.
piya la aguardentera.
ngleses!!
Fusil del Dos de mayo.
erdos y locos.
., Pst.
re Scila y Caribdis.
que no quiere caldo.
Piel del Diablo.
uenas ínsulas me dan...
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El Sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos Casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De Potencia á potencia.
Las Avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El Rey por fuerza.
Las Obras de Quevedo.
Un Protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El Chal verde.
Como usted quiera.
Un Año en quince minutos.
¡Un Cabello!
El Don del cielo.
La Esperanza de la Pátria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una Apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La Eleccion de un diputado.
La Banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una Ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los Tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las Jorobas.
Los Dos amigos y el dote.
Los Dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios por amor.
Mi Media naranja.
¡Un Ente singular!
Juan el Perdio.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro Perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa!
El Premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El Turron de Noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

cha!
o Corrientes.
adre Cobos.
Aventura en Marruecos.
é ó el secreto.
en de escala.
tura de un cantante.
trella de Madrid.
Simplicio Bodadilla.
ende.
ende, segunda parte.
eñas del Archiduque.
alas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.
El Sacristan de San Lorenzo.
El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novio pasado por agua.
La Venganza de Alifonso.
El Suicidio de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

OBRAS.

nario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
cion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete.	D. Sebastian Ruiz.
Alcalá.	Eladio Altés.
Alcoy.	Viuda é hijos de Martí.
Algeciras.	Clemente Arias.
Alicante.	Pedro Ibarra.
Almagro.	Antonio Vicente Perez.
Almeria.	Mariano Alvarez.
Andujar.	Domingo Caracuel.
Antequera.	Joaquin María Casaus.
Aranda.	Manuel Martin Fontenebro.
Aranjuez.	Gabriel Sainz.
Arévalo.	José Espinosa.
Avila.	Santiago Lopez Muñoz.
Avilés.	Ignacio García.
Badajoz.	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena.	Francisco Fernandez.
Baeza.	Francisco de P. Torrente.
Barbastro.	Mariano Ferraz.
Barcelona.	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar.	Vicente Alvarez.
Bilbao.	Viuda de Delmas.
Borja.	Manuel Marco Cadena.
Burgos.	Timoteo Arnaiz.
Cabra.	Manuel Rendon.
Cáceres.	José Valiente.
Cádiz.	Viuda de Moraleda.
Calatayud.	Bernardino Azpeitia.
Carrion.	Luis Agudo Luis.
Cartagena.	Juan Maestre.
Cervera.	Antonio Samperé.
Chiclana.	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Viuda de Gallego.
Córdoba.	Rafael Arroyo.
Coruña.	José Lago.
Cuenca.	Pedro Mariana.
Ecija.	Julio de Giuli.
Figueras.	José Conte Laeoste.
Gerona.	Francisco Dorea.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada.	José María Zamora.
Guadalajara.	Fermin Sanchez.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Haro.	Pascual de Quintana.
Huelva.	José V. Osorno é hijo.
Huesca.	Manuel Guillen.
Igualada.	Antonio Onís y Novau.
Jaen.	José Sagrista.
Jer. de la Fr.	José Bueno.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida.	Manuel de Zara y Suarez.
Llerena.	Bernardino Guerrero.
Lisboa.	Silva Junior.
Loja.	Juan Cano.
Lorca.	Francisco Delgado.
Lugo.	Viuda de Pujol y hermano.
Lucena.	Juan Bautista Cadena.
Málaga.	Francisco de Moya.

Manila.	D. Ramon Somoza.
Manresa.	Juan Alliot.
Manzanares.	Dimas Lopez.
Mataró.	Narciso Clavell.
Medina-Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Mérida.	Manuel de Bartolomé Diez.
Mondoñedo.	Francisco Delgado.
Murcia.	José Galan.
Orense.	José Ramon Perez.
Oviedo.	Bernardo Longoria.
Palencia.	Gerónimo Camazon.
Palma.	Pedro José Garcia.
Pamplona.	Viuda de Ripa.
Paris.	Lasale y Melan.
Plasencia.	Isidro Pis.
Pontevedra.	Manuel Verea y Vila.
Priego.	Gerónimo Garacuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena.	Rafael Ripollés.
Reus.	Pedro Moluer.
Rioseco.	Marcelino Tradanos.
Rivadeo.	Francisco F. de Torres.
Ronda.	Rafael Gutierrez.
Rota.	Pedro Gomez de la Torre.
Salamanca.	Rafael Huebra.
San Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Luear.	José María del Villar.
Sta. Cruz Tf.	Nicolas Power.
San Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander.	Pedro Basañet.
Santiago.	Bernardo Escribano.
Segovia.	Eugenio Alejandro.
Sevilla.	Cárlos Santigosa.
Idem.	Viuda de Fé y hermano.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera.	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona.	José Fujol.
Teruel.	Vicente Castillo.
Toledo.	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodriguez Tejed
Tortosa.	Crecencio Ferreres.
Trin. de Cuba.	Meliton Francisco de Reven
Tuy.	Manuel Martinez de la Cru
Valencia.	Francisco de P. Navarro.
Idem.	José Mateu Cervera.
Idem.	José María Moles.
Valladolid.	Felix Mateo.
Valls.	Cayetano Badia.
Velez-Málaga.	Antonio María Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José María Chao.
Vill. y Geltrú.	Magin Beltran.
Vitoria.	Bernardino Robles.
Utrera.	Juan Ramos.
Ubeda.	Carlota Treviño.
Zafra.	Juan de Dios Hurtado.
Zamora.	Manuel Ceno.
Zaragoza.	Viuda de Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencar casa de Astrarena.